
LA ELECCIÓN POR LA VIRTUD

Personas que hablan en ella:

- **SIXTO**
- **PERETO, viejo**
- **CAMILA**
- **SABINA**
- **CÉSARO**
- **DECIO, criado**
- **MARCO Antonio**
- **POMPEYO**
- **FABIO, criado**
- **CHAMOSO, pastor**
- **Otros PASTORES**
- **RODOLFO, caballero**
- **ASCANIO**
- **MARCELO**
- **JULIO, criado**
- **CRENUDO**
- **ALEJANDRO**
- **COLONA**
- **Dos FRAILES franciscanos**
- **EL PAPA, San Pío V**
- **ABROSTRA**
- **ENRIQUE**
- **El príncipe FABRIANO**
- **JULIANO**
- **RICARDO**
- **EL EMBAJADOR de España**
- **FABRICIO**
- **ROMA**
- **Unos ESTUDIANTES**
- **MÚSICOS**

JORNADA PRIMERA

*Sale SEXTO de labrador pobremente vestido; saca a su padre muy viejo, vestido de labrador, con un gabán viejo, y sácale casi en brazos, con báculo grosero.
Llámase PERETO, el viejo*

SIXTO: Ya es, padre, hora de almorzar.

Aquí hace buen sol. Sabina,
saca un banco en que sentar
nuestro padre.

PERETO: ¡Peregrina

virtud! ¡Piedad singular!

Hijo, aunque viejo y cansado,
no tanto que si arrimado
a un palo los pies provoco,
no pueda andar poco a poco.

Soy ya viejo, estoy pesado;
ya de mis carnes molestas
la carga grave contemplo.

Suelta, si ya no me aprestas
de la cigüeña el ejemplo,
que lleva a su padre a cuestas;
no te canse, por tu vida,
pues, la cosa más querida
de mi vejez...

SIXTO: Quien os lleva,
padre, en el alma que aprueba
esta obligación debida

a quien el ser que me anima
me dió, que sois, padre, vos,
es razón que os lleve encima;
que el padre, después de Dios,
la joya es demás estima.

Y si el padre es el segundo
después de Dios en el mundo,

no es bien que os parezca nuevo
 si en el hombro, padre, os llevo;
 que en buena razón me fundo,
 aunque os espanto y asombro;
 pues, según naturaleza,
 he de llevar cuando os nombro,
 padre, a Dios en la cabeza,
 y luego al padre en el hombro,
 que es el segundo lugar
 donde se puede asentar
 la piedad en que me fundo,
 pues sois, en fin, el segundo
 que he de obedecer y amar.

PERETO: Ya sé que has de vencer,
 hijo, en razones; mas eso
 conmigo no ha de valer,
 que no es para tanto peso
 tu cuello, ni ha de traer
 cosa que le canse.

SIXTO: ¿Cómo?
 Eso por agravio tomo.
 ¿Causa al noble cuello pena
 el oro que en la cadena
 tiene por liviano el plomo?
 ¿Cansa el honroso blasón
 con que el ilustre alemán
 adorna con el tusón
 el pecho, cuando le dan
 las insignias al sajón?
 ¿No honra el francés decoro
 con el San Miguel de oro?
 ¿Qué? ¿Con la cruz de San Juan
 al español no le dan,
 con la encomienda un tesoro?
 Y quedando satisfechos,
 ganan honras y provechos,
 sin que el peso les oprima,
 y llevan cruces encima
 de los cuellos y los pechos.
 Pues si en sus mayores fiestas

son sus insignias aquéostas,
 ¿parecieran mejor ellos
 con sus cruces a los cuellos
 que yo con mi padre a cuestras?

PERETO: Como en mi casa pajiza
 descubierta a la inclemencia
 del cielo, cuando graniza,
 su soberana influencia
 el invierno fertiliza,
 con que, entre el tosco sayal,
 eres vela al natural,
 que en la linterna encubierta
 a su luz abre la puerta
 por viriles de cristal,
 mil cosas me pronosticas.
 Quieran los cielos que cobres,
 hijo, lo que significas,
 y que estas montañas pobres
 tu dicha las vuelva ricas.
 Mas sí harán, que ya han mirado
 el amor que me has cobrado;
 y honra siempre su clemencia
 la paternal obediencia.

*Sacan CAMILA Y SABINA, de labradoras, una mesilla
 con manteles, jarro y vaso y pan y un torrezno, y un banco y una
 silla de costillas*

SABINA: Ea, padre, ya está asado
 un torrezno de pernil,
 verdugo del hambre vil,
 para que la vuesa impida.

PERETO: ¡Ay, mi sobrina querida!
 Mi vejez ve en ti su abril.

CAMILA: Entre esas dos rebanadas
 viene que alienta su olor.

SABINA: Comedlas, que están pringadas,
 porque desde el asador
 en las diversas jornadas

que al plato la lonja hacía,
 que las cumpliesen decía
 las lágrimas que lloraba
 y cada vez que llegaba,
 y enjugárselas quería,
 como en toalla de lino
 descansaban sus enojos,
 y lloraban, imagino,
 los dos, dando el pan los ojos,
 las lágrimas el tocino.

PERETO: ¡Qué gracia! Camila amada,
 parte.

SABINA: Comé si os agrada,
 aunque está salado a fe.

PERETO: Por muy salado que esté,
 hija, estáis vos más salada.
 Félix, siéntate aquí.
 Ea, ¿no os sentáis las dos?

De rodillas

SIXTO: Padre, ya sabéis de mí
 que siempre que coméis vos,
 gusto yo de estar ansí.

PERETO: Ahora quiero que me des
 este gusto.

SIXTO: Si lo es
 vuestro, alto, enhorabuena.

Siéntanse todos

PERETO: Almorzad, que hasta la cena
 no habéis de comer los tres.

CAMILA: ¿Qué os dice, padre, la lonja?

PERETO: Que si mirara de espacio
 la ambición y la lisonja
 del adulador palacio
 que al rico sirve de esponja,

el que es de tu gusto esclavo
 estimara más que el pavo,
 el francolín y el faisán,
 pobre mesa y negro pan,
 añejo jamón, y al cabo
 dos cascós de una cebolla,
 que en la labradora mesa
 siempre que anda el hambre en folla
 son, en vez de la camuesa,
 mondadientes de la olla.

Porque aquí, todos sentados,
 no hay menos ni más honrados.
 Todos comemos al fin,
 sin que nos esté el rüín
 contándonos los bocados,
 como en el palacio están.

CAMILA: Echáos esta vez de vino,
 que cuidados, pena os dan.

PERETO: Sí, que sin él, el tocino
 es cura sin sacristán.

A SIXTO

¿E iréis hoy a Fermo?

SIXTO: Suelo
 ir.

PERETO: Ya que es tarde recelo.

SABINA: Dad gracias, padre.

PERETO: ¡Pues no!

Quien aquí nos sustentó
 nos bendiga allá en el cielo.

TODOS: Amén.

Álzanse la mesa y levántanse

PERETO: ¿Quién ha de ir contigo?

SIXTO: Siempre va Sabina.

Vase SIXTO

PERETO: Vaya;

A CAMILA

que tú quedarás conmigo.

SABINA: Sí, siempre ha de ser la maya,
Camila.

CAMILA: También lo digo;
mas yo sé que no te pesa,
en levantando la mesa,
de ir allá cada mañana;
porque con cuerpos de grana
y patena rabitiesa
te vean los escolares.

¿Pará qué muestras pesares?

SABINA: Hago bien, ¿qué quieres tú?

PERETO: ¿Y qué llevas?

SABINA: Alajú,
turrón de almendro; dos pares
de cantarillas de arrope,
transparente como el ascua,
donde el hombre el pan ensope;
castañas, fruta de Pascua,
que cuando el hambre las tope
de la gente escolaniega,
yo apostaré que se pega
a comprarlas como moscas
y aun miel, nueces y roscas
llevamos; y apenas llega
al mercado la borrica,
cuando como tordos vienen
escolares, a quien pica
el hambre, que se entretienen,
como alguna es gente rica,
en comprarme en un instante
cuanto les pongo delante,

y nos dan aquestos riscos.
 Ello más de dos pelliscos
 me paso; aunque un estudiante
 harto garrido me aguarda,
 que, mientras vende la leña
 mi hermano, que a veces tarda,
 me defiende y aun me enseña
 voluntad.

PERETO: De ellos te guarda;
 que es mala gente.

SABINA: ¡Si soy
 muy boba yo cuando voy!
 Si llega al brazo desnudo,
 con el palo le saludo
 y le digo, "¿Haste de ir hoy?"
 Tienme miedo.

Sale SIXTO

SIXTO: Aparejadas
 están las jumentas; ea,
 vamos.

CAMILA: ¿Están ya cargadas?

SIXTO: Sí, hermana.

CAMILA: Cosa que sea
 que las calzas coloradas
 se os olviden, como ayer,
 y no las traigáis.

SIXTO: Por ver
 la gracia con que te enojas
 no las traje.

CAMILA: Excusas frojas
 son ésas; no han de valer.

SIXTO: Ea, las alforjas pon.
 Echadme la bendición
 como soléis, padre mío.

PERETO: ¡Ay, hijo! del cielo fío
 que ha de darte el galardón
 que tu obediencia merece

..... [-ece].

La bendición que a Esaú
Jacob hurtó, y pides tú,
mi amor, Félix, te la ofrece.

Ruego al cielo que, pues él
mudó el nombre en Israel,
lo mudes tú, aunque es locura,
en papa.

Bendícele y levántanse

SABINA: Barbero o cura
tomara yo que fuera él.

SIXTO: Ea, vamos.

Aparte a SIXTO

CAMILA: ¡Buena cholla
tiene el viejo, cuando escapa
del torrezno o de la olla!

SIXTO: Pues, ¿qué? ¿No puedo ser papa?

SABINA: ¿Quién, tú?

SIXTO: Yo.

SABINA: ¡Papateolla!

A su padre

SIXTO: Al sol os dejo. La mano
me dad, y adiós.

Besa la mano

PERETO: Él te guarde.
Mira que vuelvas temprano.

SIXTO: No hay volver hasta la tarde.

CAMILA: Las calzas de grana, hermano.

Vanse SIXTO y SABINA

PERETO: Hija, mi bien pronostico,
pues que de Félix espero
las venturas que publico.

CAMILA: Disputa con el barbero.
Es dimuño. Cuando chico
llevaba el calendario
al cura, y el incensario,
y él mismo le dijo un día
que si estudiaba sería
sacristán y boticario.

Sale CHAMOSO, pastor

CHAMOSO: Pereto, Dios os mantenga.

PERETO: ¡Oh, Chamoso! ¿Por acá?

CHAMOSO: ¿Dó está Félix? Porque venga
conmigo; quizá será
rey, que no hay quien convenga
los zagales de Montalto.

PERETO: ¿Cómo?

CHAMOSO: Todos pican alto
quitando y poniendo leyes.
Como es la Pascua de Reyes,
cada cual, de seso falto,
quiere esta Navidad ser
rey.

PERETO: Ya sé la costumbre
que aquí se suele tener
cada año.

CHAMOSO: Esta pesadumbre
no la puede deshacer,
sino vuestro hijo, Pereto,
que es muy meolludo y discreto.

PERETO: A Fermo a venderme va
leña; mas vamos, que allá

apaciguarlos prometo.

CAMILA: ¿Dó vais, padre? Dejaos de eso.

PERETO: Camila, mi amor travieso
hace moza mi vejez,
y si veo rey esta vez
a Félix, saldré de seso.

*Vanse todos. Salen CÉSARO, de estudiante, y
DECIO, su criado de galán*

DECIO: ¿Sólo un mes de ausencia puede
hacerte que a Laura olvides?

CÉSARO: ¿Al viento firmeza pides?

DECIO: ¿Viento, amor?

CÉSARO: Sí, y aun le excede.

DECIO: Diversas definiciones
he visto tuyas, señor.
Unos le llaman furor,
y a sus efectos, pasiones;
otros dicen que es locura
o accidente que maltrata;
otros calidad innata
que al hombre inclinar procura
que ame de cierta edad
a quien tiene inclinación;
quien tal llama imperfección,
quien locura y liviandad.
El médico dice que es
cierto humor o destemplanza
de la sangre; semejanza,
el filósofo; interés,
la dama, y el desvarío
del astrólogo adivina
que es fuerza de astros que inclina
a amar al libre albedrío.
Fuego le llamaron ciento,
pues que abrasa al que enamora,
y agua le llama el que ignora
mas nadie le llama viento.

CÉSARO: Pues nadie, Decio, le da
el nombre que le conviene.

Quien amor tiene, no tiene
sino viento.

DECIO: Bien está.

CÉSARO: Y así aguarda; quien ama
y al yugo de amor suspira,
¿no es porque primero mira
la belleza de su dama?

DECIO: Es verdad. De lo exterior
comienza amor su conquista.
¿Qué infieres?

CÉSARO: Verás tu error.
En fin, que cualquier amor
tiene principia en la vista,
y el objeto que se ve
es lo amado.

DECIO: Vé al efecto.

CÉSARO: Sí haré. Si la dama es el objeto,
para que en la vista esté
de quien la ha de amar, no envía
sujeto bastante copia,
sujeto sí, que ella propia
mal en los ojos cabría.

Fuera de que es circunstancia,
como muestra la experiencia,
que entre el objeto y potencia
haya debida distancia.

DECIO: Vengamos al fundamento.

Las especies que a los ojos
representan los despojos
de la dama ¿no son viento?

Sí, que para verte a ti,
desde el lugar donde estás,
especies al viento das
las cuales llegan a mí
y me enseñan tu retrato.

DECIO: Todo lo concedo.

CÉSARO: Pues,
claro está que lo que ves
es el viento, mentecato.
Luego si ama el pensamiento

la hermosura que miré,
y ésta sólo viento fue,
el amor no es más que viento.

DECIO: Bien tu opinión has probado.
Conforme a aqueso, señor,
nadie tendrá más amor
que un cuero cuando está hinchado,
porque es todo viento.

CÉSARO: Quiero
dejarte para importuno.

DECIO: Ahora sé que es todo uno
viento, amor, amante y cuero.
¡Pobre de Laura, que en vano
llora, César, por ti!

CÉSARO: Decio, desde que salí
de nuestra patria, Fabriano,
y vine a Fermo a estudiar,
de Laura olvidé el amor.
¿Débole más que el favor
que una dama suele dar
a quien comienza a servilla;
una ventana, un semblante
risueño, una mano, un guante,
y cuando mucho, una silla
en su casa?

DECIO: ¡Aqueso es bueno!
¿Pues amor que había llegado,
señor, a verse ensillado
sabe tan poco de freno?
Es imposible.

CÉSARO: Yo sé
que el príncipe de Fabriano,
mi padre, y Julio, mi hermano,
tienen de holgarse en que esté
tan libre que a Laura olvide,
porque lo llevaban mal.

DECIO: Laura es mujer principal.

CÉSARO: Más prendas mi sangre pide,
que, aunque soy hijo menor,
en Italia ni en Sicilia

no hay más ilustre familia
que la Ursina.

DECIO: Es la mejor;
 mas no mirabas en eso
 habrá un mes cuando adorabas
 a Laura y palabra dabas
 de ser su esposo.

CÉSARO: El exceso
 de amor disparates fragua
 como esos. ¿Qué no dirá
 Decio, el que hidrónico está
 por echarse un golpe de agua?
 De Laura no hay calentura,
 y ya la sed acabó.

DECIO: La causa bien la sé yo.

CÉSARO: Dirás alguna locura.

DECIO: Diré que la villaneja
 que cada día al mercado
 viene, ese clavo ha sacado.

CÉSARO: Necio, disparates deja.

DECIO: Niégamelo, por tu vida,
 que estoy yo ciego, señor.
 Yo sé que en tu pecho, amor,
 juega a "salga la parida,"
 y que a Laura ha rempujado.

CÉSARO: ¿Por qué?

DECIO: Porque te desvelas
 mucho, Y más que las escuelas
 cursas la plaza y mercado
 de Fermo. Si las más veces
 vienes, y en viéndola aquí
 sin más criados que a mí,
 con ser quien eres, te ofreces
 hablar con ella, de modo
 que das nota a quien te ve;
 y si quieres que te dé
 razón que lo diga todo,
 ¿por qué me mandas comprar
 cuanto aquí trae a vender?
 ¿Para qué puedes querer

lino tú, pues no has de hilar?

¿No me hiciste el otro día
que me ensuciase la ropa
con una carga de estopa
que trujo?

CÉSARO: Harás que me ría.

DECIO: ¿De qué sirven tus cautelas?

¿Qué puede significar
hacerme así ayer comprar
una espuerta de pajuelas
que trujo? Dos aposentos
tengo llenos de despojos,
semejantes, de manojos
de cebollas, de pimientos,
de tomillo, de romero,
de espliego...

CÉSARO: No digas más.

DECIO: ¿Tú espliego?, ¡Y me negarás
que es amor! O ¿eres barbero?

CÉSARO: Decio, la mayor venganza
que Laura tendrá de mí,
es que una villana así
me obligue a hacer tal mudanza.

Conflésote que la adoro.

DECIO: Fáciles muros contrastas.

CÉSARO: Ni perlas en conchas bastas,

ni en sayal guarnición de oro,
ni el sol que por la mañana
por nubes tienda el cabello,
sale más bizarro y bello
que la graciosa villana
entre el grosero vestido,
donde la naturaleza,
sin el arte, a su belleza
su poder todo ha rendido.

Si vieres la sal que tiene
cuando habla, aunque el lenguaje
corresponde con el traje;
si el donaire con que viene
a vender vieras despacio,

yo sé que me disculpas
y su aldea ventajaras
a la corte y el palacio.

Ocho días ha que salgo
a verla, y después de vella
quedo más muerto por ella.

DECIO: Pues di, ¿hasla dicho algo?

CÉSARO: Sí, mas diéronla los riscos
su aspereza.

DECIO: Todas son
gatos en camaranchón.
¡Do al diablo gatos ariscos!

CÉSARO: No tanto que no me avisa
tal vez con los ojos bellos
que espere mi amor en ellos
lo que me ofrece su risa.

Y aunque con lengua grosera,
responde de cuando en cuando,
risueño el semblante y blando,
y en el mercado me espera,
porque mis deseos entiende.

DECIO: Mas porque ve el interés
que saca de ti después,
que a precio de oro te vende
sus rústicas mercancías.

CÉSARO: Antes juzgas como necio;
porque sólo el justo precio
toma, sin que mis porfías
la hayan podido obligar
a que un anillo reciba.

DECIO: Una condición esquivada
así suele comenzar.
Ella se ablandará cuando
al interés no resista,
que no hay mejor tomista
que la que empieza en "Durando."
Pero. ¿aguárdasla hoy?

CÉSARO: Ahora
vamos, que ya habrá venido.

DECIO: ¡Pobre Laura! ¡Que ha podido

una grosera pastora
 quitarte la posesión,
 que el sayal quieres que tome!
 Mas ¿qué mucho? Si hay quien come
 vaca mejor que un capón.

*Vanse CÉSARO y DECIO. Salen SABINA, con
 alforjas, y SIXTO*

SABINA: Estas paredes son, hermano, el sitio
 donde sueles vestirme. Los jumentos
 dejo paciendo en unas verdes mielgas.
 Cerca estamos de Fermo; ¿has de mudarte
 de escolar, como sueles?

SIXTO: ¿Pues no, hermana?

SABINA: Saco, pues, el manteo y la sotana.

SIXTO: El cielo mis intentos favorece.
 Cuatro años ha que estudio; y que tu vendes

las rústicas alhajas que te compran,
 mientras estudio yo. La causa de esto,
 aunque no te la he dicho hasta este punto,
 es ésta; que a tu amor será mal hecho
 no revelarte cuanto esconde el pecho.

*Saca de las alforjas todo el vestido de estudiante
 y un vademeco, y vase vistiendo*

Un día que, como otros, en la plaza
 de esta universidad vendía contigo
 los miserables frutos que la sierra
 a quien cultiva su aspereza ofrece,
 se llegó un estudiante, que con otros
 entre una carga de cabritos tiernos
 estaban escogiendo los más gordos;
 y reparando, con notables veras,
 en las facciones de mi rostro un rato,
 y advirtiéndome ser el que regía

la cátedra sùtil de Matemática,
me pidió que le diese larga cuenta
de mi edad, patria y nombre,
en qué mes y en qué día salí al mundo,
porque miraba en mi fisonomía
pronósticos notables de ventura,
correspondiendo con su pensamiento
la dicha de mi humilde nacimiento.
Reíme, imaginando que eran tretas
de estudiantes fisgones, y dejéle;
pero de suerte a persuadirme vino
a que hablaba de veras, que obligado
a escucharle por ver en su persona
partes dignas de darle honrado crédito,
lo mejor que yo supe satisfice
a sus preguntas, advirtiéndole que era
de humildes padres, y mi pobre patria
las grutas toscas de Castel Montalto;
que un miércoles nací, que era a catorce
de diciembre, según solía mi madre,
que Dios haya, decirme, y ser el año
en que al mundo salí mil y quinientos
y veinte y uno; Félix solamente
en el nombre de pila, e infelice
en todo lo demás; pues no hay ventura
adonde siempre la pobreza dura.
Quedó suspenso, y arqueando
después las cejas, dando un grande grito,
"Félix," dijo, "las obras corresponden
con el nombre, de modo que tu dicha
tres coronas ofrece a tu cabeza;
si tomas una, con que serán cuatro.
En una religión estudia y deja
el rústico ejercicio, que las letras
prometen ensalzar tu nombre y fama.
En estrella naciste venturosa.
Ten cuenta con el miércoles, que es día
en que has de ser dichoso, sin que tengas
felicidad que en él no te suceda.
Tu ingenio fertiliza el cielo pio;

sigue las letras y el consejo mío."
 Fuese. ¡Qué de suspenso volví a casa!
 Y, cavando en aqueste pensamiento,
 dispúseme, a pesar de la pobreza,
 estribo vil de inclinaciones nobles,
 a seguir del astrólogo el consejo.
 Volví a buscarle, y hallé que era ya muerto;
 pero no desmayé por eso un punto;
 antes vendiendo mis humildes ropas
 a los serranos de mi pobre sierra
 y llegando también algún dinero
 de lo que iba vendiendo cada día,
 compré secretamente a un estudiante
 este vestido, y de tu amor fiado,
 ha ya cuatro años, con ayuda tuya,
 cual ves, que en estudiante me transformo.
 Bien es verdad que en nuestro pueblo el cura
 a leer y escribir me enseñó un tiempo
 y un poco de gramática, y con ella
 aprovecho de modo en los estudios
 que todos me celebran y respetan;
 mas no porque ninguno hasta este punto
 sepa quien soy; adonde vivo; adonde
 me escondo, cuando salgo de sus cursos;
 porque como me esperas aquí, y luego
 me vuelvo a mis groseras antiparas,
 de modo los deslumbro y causo espanto
 que hay quien piensa que es todo por encanto.
 Éste, Sabina mía, es el suceso
 de mi historia.

SABINA: Y a fe que es agradable.

Mete el vestido de labrador en las alforjas

SIXTO: Yo espero en Dios que presto he de pagarte
 lo mucho que te debo.

SABINA: Estudia, hermano;
 que no será pequeña tu ventura
 si fueres sacristán del pueblo o cura.

SIXTO: Dame esos brazos, mi Sabina cara.

SABINA: ¡Qué bien te está el vestido! Ser mereces
calóndrigo, y pardiez que lo pareces.

SIXTO: Ves a vender la leña.

SABINA: No repares
en eso. Adiós, que vienen escolares.

Vase SABINA

SIXTO: Si Cleantes de noche agua sacaba
para vender, por estudiar de día,
y en la atahona donde el pan molía
nombre a sus letras y virtudes daba;
si Plauto, por ser sabio mendigaba,
y a un pastelero mísero servía;
si Euménides en hñesos escribía
a falta de papel que no alcanzaba,
si ha habido quien en el imperio altivo
por el cetro trocando el agujada
a célebres historias dio motivo;
si a Pedro pescador Roma agradaba,
no será mucho, aunque pobre vivo,
por letras venga a ser...

VOZ: O papa, o nada. Dentro

SIXTO: Precedióme a la razón
una voz cuyo sentido
me ha dejado suspendido;
y si pronósticos son
señal de algún bien futuro
muchas veces para un hombre,
y siendo Félix mi nombre,
serlo en las obras procuro,
ya he visto pronosticada
mi felicidad aquí.
El cielo dijo por mí
que he de ser o papa o nada.

Salen MARCO Antonio y POMPEYO, de camino

MARCO: O papa o nada pretenda Dentro
 ser el cardenal Colona,
 pues tan digna es su persona
 de la tiara.

POMPEYO: No entienda
 Roma que de su elección
 poca gloria ha de tener;
 mas temo que le ha de hacer
 notable contradicción,
 entre otros, el cardenal
 Carrafa.

MARCO: El senado grave
 del conclave, primo, sabe
 que no hay sujeto papal
 más digno de la elección
 que mi tío.

POMPEYO: Quiera el cielo
 asegurarme el recelo
 con que estoy.

SIXTO: (Estos dos son Aparte
 Colonas. La Vicaría
 de Cristo debe estar vaca.

MARCO: Si el cónclave no le saca
 ahora en vano porfía
 mi tío.

SIXTO: Informarme quiero
 de lo que es.

Sale FABIO, criado de POMPEYO

FABIO: Ya están aquí
 los pastores.

POMPEYO: Primo, vení.

Vanse los dos POMPEYO y MARCO Antonio

SIXTO: ¿Qué es esto?

FABIO: Paulo Tercero

es muerto.

SIXTO: ¡Válgame Dios!

FABIO: Es el cardenal Colona.
pretendiente.

SIXTO: Su persona
lo merece.

FABIO: Son los dos
sobrinos y a Roma van
para ver de este suceso
el fin.

SIXTO: Las manos os beso.

Vase FABIO

SIXTO: Nuevos alientos me dan
mis deseos. A buen punto
mis palabras atajaron
cuando me pronosticaron
el bien que he de gozar junto.

El astrólogo me dijo
que si en religión entraba,
tres coronas me guardaba
mi dicha. El hábito elijo
en San Francisco, después
que de doctor graduado
pueda tomar otro estado,
que éste mi deseo es.

La ciencia es mi enamorada,
por letras he de valer.
¡Alto! a escuelas, que he de ser,
aunque pobre, papa o nada.

*Vase SIXTO. Salen SABINA con un jumento cargado de
leña y fruta, y un palo en la mano, y CÉSARO,
estudiante galán*

SABINA: ¡Jo, parda! Verá el dimuño
 cual va. ¡Jó, burra! ¡Qué aguda!
 Porque el hijo deja en casa
 quiere volverse. ¡Jo, burra!

CÉSARO: Serrana bella, escuchadme,
 hablad siquiera.

SABINA: So muda.

CÉSARO: ¿Muda o mutable?

SABINA: Eso no.

CÉSARO: ¿Pues nunca os mudaréis?

SABINA: Nunca.

CÉSARO: ¿Luego nunca imagináis
 quererme?

SABINA: Quiérale Judas.

CÉSARO: ¡Ay, quién os diera un abrazo
 aquí!

SABINA: ¡Arre, que se burla!

CÉSARO: Escuchad, serrana bella.

SABINA: Juegue limpio, que soy dura,
 y tenga quedas las manos
 que sé poquito de burlas.

Dale con el palo

CÉSARO: Todo esto es amor.

SABINA: Amor

 quiere que se le sacuda.

 Llegue, que el amor y el polvo

 dicen que a palos se curan.

CÉSARO: No sé qué tengo en este ojo,
 ¿queréis sopláramele?

SABINA: Acuda

 a los fuelles del herrero.

CÉSARO: Soplad.

SABINA: ¡Arre, que se burla!

CÉSARO: ¡Qué sal!

SABINA: ¡Oh! soy muy salada.

CÉSARO: Mi tormento os lo asegura,
 porque me matáis de sed.

SABINA: Habrá comido aceitunas.

CÉSARO: Oíd.

SABINA: Señor escolar,
vaya con Dios, que son muchas
tantas burlas y chufetas;
y en mi vida comí chufas.
Déme el dinero si quiere
de mi leña y de mi fruta,
que anochece y vivo lejos,
y tiene la bolsa dura.

CÉSARO: Siempre dilato el pagaros,
porque teme mi ventura
que os vais luego y me dejáis,
serrana del alma, a oscuras.

SABINA: ¿Pues soy yo candil?

CÉSARO: Sois sol
que mis tinieblas alumbra.

SABINA: ¿No ve las uñas que tengo?
¿Por qué quiere sol con uñas?

CÉSARO: Porque me aso como el fénix
en él.

SABINA: ¿Que se asa?

CÉSARO: Sin duda.

SABINA: Pues aun no está bien asado
su mercé.

CÉSARO: ¿Por qué?

SABINA: Aun no suda.

CÉSARO: ¡Pluguiera a Dios que sudara;
y fuera señal segura
que de la fiebre de amor
declinaba ya la furia!

SABINA: ¿Luego está calenturiento?

CÉSARO: De mi amor las llamas puras
me abrasan; tened el pulso,
poned mi tormento en cura.

SABINA: ¡Mas arre!

CÉSARO: Acabad, tomadle;
¡ea!

SABINA: Désele a mi burra,
que nació cas del albéitar

y sabe de calenturas.

CÉSARO: Yo sé que habéis de quererme.

SABINA: Poco sabe si no estudia
más.

CÉSARO: Llegad, dadme una mano;
¿queréis?

SABINA: ¡Arre, que se burla!

CÉSARO: ¿Saben en vuestro lugar
lo que es amor?

SABINA: ¡Ya pescuda!
¿pues no lo habían de saber?
Desde el porcarizo del cura,
ellos deben de pensar
que no rompe caperuzas
amor, si brocado y seda
nada escupe.

CÉSARO: Pues, escucha.
¿Qué es amor?

SABINA: Debe de seer
erizo que pica y punza
el alma, o mango de sastre
cargado de sus agujas.

CÉSARO: ¿Has amado?

SABINA: Tanto cuanto.

CÉSARO: ¿Gustas de amar?

SABINA: ¿Quién no gusta?

CÉSARO: ¿Quítate el sueño?

SABINA: No, duermo.

CÉSARO: ¿Pues cáusate pena?

SABINA: Alguna.

CÉSARO: ¿Ha mucho le quieres?

SABINA: No.

CÉSARO: Pues dilo.

SABINA: Es desenvoltura.

CÉSARO: ¿No es tu igual?

SABINA: Es mucho más.

CÉSARO: ¿Será tu esposo?

SABINA: Está en duda.

CÉSARO: ¿Ámate?

SABINA: Dice él que sí.

CÉSARO: Pues basta.
SABINA: No estoy segura.
CÉSARO: Dime quién es.
SABINA: ¿Para qué?
CÉSARO: Mataréle.
SABINA: ¿Por qué injuria?
CÉSARO: Porque te ama.
SABINA: ¡Arre que se burla!
CÉSARO: ¡Ay de mí!
SABINA: ¿Siéntelo?
CÉSARO: Mucho.
SABINA: ¿Tanto me quiere?
CÉSARO: Es locura.
SABINA: Pues, júrelo.
CÉSARO: ¡Por tus ojos!
SABINA: ¿No más?
CÉSARO: Y por tu hermosura.
SABINA: ¿Es muy noble?
CÉSARO: Soy Ursino.
SABINA: Y yo villana.
CÉSARO: ¿Amor no ajusta
desiguales muchas veces?
SABINA: Cuando su llama asegura.
CÉSARO: Luego iguales los dos somos.
SABINA: No hay amor en parte alguna.
CÉSARO: ¿Pues qué es aquéste?
SABINA: Engaño.
CÉSARO: Mucho sabes.
SABINA: So muchacha.
CÉSARO: ¿Es galán tu amante?
SABINA: Lindo.
CÉSARO: ¿Muy alto?
SABINA: Como una grulla.
CÉSARO: ¿Gentilhombre?
SABINA: Como un Mayo.
CÉSARO: ¿Muy discreto?
SABINA: Más que un cura.
CÉSARO: ¿Qué talla?
SABINA: De aquese talla.
CÉSARO: ¿Qué cara?

SABINA: Como la suya.

CÉSARO: ¿Soy yo acaso?

SABINA: ¿Querrá él sello?

CÉSARO: ¡Pues no!

SABINA: ¡Arre, que se burla!
 (¡Valga el diablo el escolar! Aparte
 Quillotrada estoy sin duda,
 o es amor el que me come,
 o son cosquillas o pulgas.)

CÉSARO: ¿Que no me crees?

SABINA: No lo creo.

CÉSARO: ¿Pues qué haré?

SABINA: Comer las truchas
 de aquí, que diz que se pescan,
 señor, a manos enjutas.
 ¿Para qué quiere sardinas
 del aldea, que aunque hay muchas
 son muy groseras y caras?

CÉSARO: Sobre gustos no hay disputa.
 Dame esa mano.

SABINA: ¿A qué fin?

CÉSARO: Diré mi buena ventura
 a la tuya.

SABINA: ¿Sois gitano?

CÉSARO: ¿Qué no es amor?

SABINA: ¡Ah, hi de pucha,
 qué bien sabes quillotrar!
 ¡A fe que sois mala cuca!

Dale la mano a CÉSARO

CÉSARO: ¡Qué blanca!

SABINA: Como carbón.

CÉSARO: Dime, pues, la patria tuya.

SABINA: Ya no os puedo negar nada.
 Castel Montalto y sus grutas
 es mi patria humilde y pobre;
 y tan baja mi fortuna
 que mi padre y tres hermanos

heredamos de la cuna
 una casa sin tejado,
 treinta ovejas y dos burras.
 Pereto a mi padre llaman,
 mi nombre es Sabina, y una
 hermana que me dió el cielo,
 más fresca que las lechugas,
 se llama Camila; Félix
 es mi hermano, que procura
 el regalo de mi padre,
 con tal piedad y cordura,
 que espero en Dios le ha de hacer
 mil mercedes. Si es que gustas,
 señor, de muesas pobreza
 y muesas peñas incultas,
 esto sólo soy y tuya,
 que es lo más que tener puedo,
 si como noble procuras
 que la joya de mi honor
 ni se rompa ni destruya;
 que la guardo por ser sólo
 lo que debo a la Fortuna.

CÉSARO: Sabina sabia, ya entiendo
 tus palabras. La hermosura
 de esos ojos vale más
 que cuanto mi sangre ilustra.
 Fía de mí, que soy noble,
 y que las palabras tuyas
 por ser tan castas y honradas
 el oro de mi fe apuran.
 Yo iré a tu lugar mañana
 fingiendo que en la espesura
 de sus montes ando a caza.
 Ocasión de vernos busca.
 Verás cuanto puede Amor.
 Aquesta cadena es tuya
 y aquestos brazos tras ella.

SABINA: Lo postrero no, que es mucha
 licencia. Esotro recibo
 por su amor y por mi fruta.

CÉSARO: En fin, ¿me quieres?
 SABINA: No sé.
 CÉSARO: ¿Serás mía?
 SABINA: Seré suya.
 CÉSARO: ¿Cuándo?
 SABINA: El tiempo lo dirá.
 CÉSARO: ¿Quién lo puede hacer?
 SABINA: El cura.
 CÉSARO: Dame en señal una mano.
 SABINA: Luego. ¡Arre, que se burla!

*Vanse los dos. Llega CÉSARO a abrazarla, y
 vase sin abrazarla. Salen dos ESTUDIANTES*

ESTUDIANTE 1: Ya descubrí el estudiante
 que a Fermo y comarca asombra.
 ESTUDIANTE 2: ¿De veras?
 ESTUDIANTE 1: Félix se nombra.
 Cosa os diré que os espante.
 Desde el cuello le seguí
 por saber si por los vientos
 con alas de encantamentos
 volaba; y fuera de aquí,
 tras una casa caída,
 vi que una hermosa villana,
 a quien dio nombre de hermana,
 con su tardanza afligida,
 a desnudarle acudió
 la sotana y el manteo.
 ESTUDIANTE 2: ¿Qué dices?
 ESTUDIANTE 1: Aún no lo creo.
 ESTUDIANTE 2: Y, ¿pues?
 ESTUDIANTE 1: De un costal sacó
 un traje rústico y vil,
 y vestido en un instante
 fue pastor nuestro estudiante.
 ESTUDIANTE 2: ¡Hay enredo más sutil!
 ESTUDIANTE 1: Metió en el saco al momento
 el escolástico traje,

y vuelto al tosco lenguaje,
 cada cual en un jumento
 subió; y la hermosa villana
 dijo, "Félix, agujemos,
 que anochece, y aún tenemos
 seis millas que andar." "Hermana,"
 respondió, "yo sé que falto
 a mi padre, que me espera;
 no puedo más; yo quisiera
 estar ya en Castel Montalto.
 Mas caminemos, que presto
 llegaremos." Y picando
 se fueron los dos, quedando
 suspenso yo.

ESTUDIANTE 2: Habéisme puesto
 en admiración extraña.
 ¡Castel Montalto es su tierra!

ESTUDIANTE 1: ¿Las peñas de aquea sierra
 y el rigor de una montaña
 tal ingenio criar puede?

ESTUDIANTE 2: Mañana ha de venir;
 pues, a fe, que he de decir
 quién es, y sin que lo vede
 su poco nombre y estima,
 con todos hemos de hacer
 que a Fermo le haga oponer
 a la cátedra de prima.

ESTUDIANTE 1: Eso será lo mejor.

ESTUDIANTE 2: No vi cosa semejante.

ESTUDIANTE 1: En un punto fue estudiante
 el que en otro fue pastor.

*Vanse los ESTUDIANTES. Salen SIXTO, de villano, y
 SABINA*

SIXTO: Aún no ha, hermana, anochecido,
 y estamos en casa ya.

SABINA: Bueno, ni anochecerá
 en esta hora.

SIXTO: Hemos venido
todo el camino corriendo.

SABINA: (¡Ay, escolar robador! Aparte
Si esto que tengo es amor
de amores me estoy muriendo.)

SIXTO: (Mi imaginación honrada Aparte
me está consumiendo en mí
desde el instante que oí
la voz del ser papa ó nada.

Voces de fiesta dentro

SABINA: Félix, ¿qué voces son éstas?

SIXTO: Llégase la Pascua ya,
y alguna fiesta será.

SABINA: No está el alma para fiestas.

Salen PASTORES con MÚSICA, PERETO y CAMILA.

Cantan

MÚSICA: *"Viva Félix felice,
de los mozos rey;
que la Pascua de Reyes
ya de flores es."*

UNO: *"Su rey los serranos
le acaban de her;
Dios le haga de veras
lo que en juego es
obispo ó barbero,
papa o sacristén.
Denle la obediencia
con el parabién
los que haciendo fiestas
le vienen a ver."*

TODOS: *"Viva Félix felice,
de los mozos rey,
que la Pascua de Reyes
ya de flores es."*

CAMILA: Hermana, dame esos brazos.

PERETO: Enojado te esperaba
el amor que mi vejez
tiene con tu tardanza.

De rodillas

SIXTO: No he podido, padre, más.
Dadme esa mano.

CAMILA: ¿Y mis calzas?

SIXTO: Dentro las alforjas vienen
con una patena y sarta.

CAMILA: ¡Vivas mil años! ¿No ves
cómo los de la comarca
te han hecho rey esta tarde
para holgarse aquesta Pascua?

CHAMOSO: Pardiez, que no faltó voto.

PASTOR 3: Señal que a nadie le falta
el amor que todos muestran.

SIXTO: El que les tengo me pagan.

CHAMOSO: ¡Viva Félix, nueso rey!

TODOS: ¡Félix viva!

PASTOR 2: ¡Hola! Saca
una silla de costillas.

Sácanla y siéntanle

Dejéislo por una vara
de alcalde de muesa aldea.

SIXTO: Vayan por colación.

PERETO: Vayan.
Traigan tostones y peros,
pan, turrón, vino y castañas.

PASTOR 2: ¿Adónde está la corona?

CHAMOSO: Quedóse, pardiobre, en casa.

PASTOR 2: Ve por ella.

CHAMOSO: Vivo lejos.

PASTOR 2: ¿Pues qué hemos de her?

CHAMOSO: Aguarda,
 entraré dentro en la igreja,
 y una corona dorada
 quitaré que puesta tiene
 San Luis, el rey de Francia.

PASTOR 1: No te vengán lamparones
 si los santos desacatas.

CHAMOSO: No desacato, antes quiero
 que a Félix merced le haga.

Habla CAMILA a su hermana

CAMILA: ¿De qué estás melenconiosa?

SABINA: Tengo quillotrada el alma.

CAMILA: ¿Quillotrada cómo?

SABINA: ¡Ay, Dios!

*Saca CHAMOSO una tiara de tres coronas y
 pónesela en la cabeza a SIXTO*

CHAMOSO: Veisle aquí ya coronado.

PASTOR 1: ¡Ao! ¡La corona de Papa
 que tien puesta San Gregorio,
 le puso!

PERETO: ¿Qué has hecho?

PASTOR 2: Estaba
 un poco oscura la igreja,
 y pensando que quitaba
 la del rey, quitéle estotra;
 pero buena pro le haga.

SIXTO: (¿Qué es esto, piadosos cielos, Aparte
 tantos pronósticos? Bastan
 los que he visto, que me inquietan
 los pensamientos y el alma.
 Bien viene aqeste presagio
 ya con las propias palabras
 del astrólogo y la voz

que tanta inquietud me causan.
 ¿Qué aguardo que no ejecuto
 el principio que me manda
 el cielo para este fin?
 Francisco, vuestra orden sacra
 me ha de recibir por hijo.
 A Escuti me iré mañana
 donde los claustrales tienen
 una noble e insigne casa;
 el hábito he de pedirles
 que ya es cierta mi esperanza,
 y ha de salir victoriosa,
 pues hoy los cielos la amparan.)

PERETO: Bien te dice la corona.

CAMILA: Chamoso, ¿no tien la cara
 buena para papa?

CHAMOSO: Buena.

PERETO: A serlo, ¿qué no faltaba>

PASTOR 1: Que de menos le hizo Dios.

CHAMOSO: Es verdad, y boqueaba.

CAMILA: La colación nos espera.

CHAMOSO: No te quitéis la tiara.

Será rey pontifical.

SIXTO: (¡Qué inquieta llevo el alma!) Aparte

CHAMOSO: Venga en brazos.

PASTOR 1: Bien has dicho.

TODOS: ¡Viva Félix!

CHAMOSO: Silvio, canta.

SIXTO: (Pontífice soy de burlas; Aparte

pues Pedro de vuestra barca

he de regir el timón,

porque he de ser papa o nada.)

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

*Música y acompañamiento de
universidad. Detrás de todos SIXTO, de fraile
francisco, con bonete en la cabeza, con borla blanca, y a
su lado RODULFO, caballero muy galán*

RODULFO: Gocéis el honroso estado,

padre, que Fermo os ofrce
pues el grado que os ha dado
da muestras que lo merece
vuestro ingenio en sumo grado.

Goce vuestra religión
la dicha que con razón
vuestro nombre pronostica,
fray Félix, pues queda rica
por vos su congregación.

Goce vuestra habilidad
Fermo, aunque viviendo vos
ha de haber dificultad
en distinguír de los dos
cuál es la universidad;

pues si se encierran en ella
todas las ciencias, vencia
merece vuestra fortuna,
pues no hay facultad alguna
que no os iguale con ella.

Y así en esa borla fundo
vuestro ingenio sin segundo,
pues os la da el cielo franco
blanca, por ser vos el blanco
de las ciencias en el mundo.

Padre, el cardenal, mi tío,

vuestra habilidad conoce,
 pío en nombre, en obras pío;
 y para que el mundo os goce,
 que dirá de vos confío,
 al Papa, para que pueda
 apoyar vuestra ventura.

SIXTO: Si á tan buena sombra queda
 mi humilde suerte segura,
 ¿qué envidia habrá que la exceda?
 Yo soy hijo de un villano;
 pero ya nuevo ser gano,
 pues si tan bajo me halláis,
 ya los dos me levantáis,
 pues los dos me dais la mano.

RODULFO: Andad, padre, y descansad,
 que yo os prometo de hacer
 que ensalce Su Santidad
 vuestro humilde y pobre ser
 y honre vuestra habilidad.
 Aquéste es vuestro convento.
 La universidad podrá
 volverse.

SIXTO: (Buen fundamento Aparte
 el cielo á mi dicha da.
 No desmayéis, pensamiento.)

*Vanse todos. Salen PERETO, SABINA y CAMILA, y
 detienen a SIXTO*

PERETO: Félix, hijo.

SABINA: Con la prisa
 que se va, hermano...

SIXTO: ¿Qué es esto?
 Mi padre y tu voz me avisa.

SABINA: La caperuza le han puesto
 del cura.

CAMILA: ¡Linda divisa!

SIXTO: ¿Qué nuevo aliento, amado padre mío,

os trae a Fermo, vos que de la cama
apenas a la iglesia el cuerpo frío
podíades mover?

PERETO: Hijo, quien ama
remoza su vejez y cobra brío;
que amor, con ser tan viejo, no se llama
sino niño, que al viejo vuelve mozo;
si viejo soy, con verte me remozo.

Dijéronme en Montalto que este día
te honraba esta ciudad con un bonete
y una borla que blanca te ponía
tu orden porque Italia te respete;
y como la honra tuya es honra mía,
el gozo me animó que me promete
tu vida deseada. Al fin a Fermo
me he atrevido a venir viejo y enfermo.

Hoy es miércoles, hijo, y hoy has sido
con esa nueva dignidad honrado;
en este día sólo hemos tenido
las venturas que el cielo nos ha dado;
en miércoles te vió Italia nacido,
en miércoles te vimos bautizado,
en miércoles ese hábito tomaste,
y hoy que es miércoles, Félix, te graduaste.

En miércoles, en fin, mi fraile, espero
que has de honrar nuestro rústico linaje.

SIXTO: Si la Fortuna, padre, como os quiero
me ayuda, aunque la envidia más me ultraje,

Italia os la tendrá.

SABINA: No os considero
muy grave fraile; como en ese traje
estáis, ya no hacéis caso de Sabina.

A fe que estoy enojada.

CAMILA: Y yo mohina.

SIXTO: ¡Ay, compañera en mis estudios! Sabe
el cielo que eres de mis gustos vida.

CAMILA: Ya no hacéis caso de nadie; estáis muy grave.

SIXTO: Jamás lo que te quiero se me olvida,

Camila amada. Porque no hay quien lave
la ropa en el convento, ya sabida
vuestra pobreza, si gustáis quisiera
que fuéredes desde hoy su lavandera.

Seis reales os darán cada semana
y de comer, que así lo ha prometido
el padre guardián. Venid mañana
por la ropa.

CAMILA: En buen hora.

SIXTO: Y lo que os pido
es que, ayudándoos tú querida hermana,
regaléis nuestro padre.

PERETO: Siempre he sido
en esto venturoso.

SIXTO: Y dad contento
con vuestro buen servicio a este convento;
haced la ropa limpia y olorosa.

CAMILA: Más blanca ha de venir que la cuajada,
y de las hojas del poleo, la rosa
y trébol llena.

SIXTO: Sed muy aseada.

SABINA: No hay labradora sucia ni asquerosa;
y más Camila, que es leche colada.

CAMILA: Ya es hora que nos vamos, que anochece.

PERETO: ¡Qué corta aquesta tarde me parece!

SIXTO: Padre, adiós.

PERETO: Él te vuelva brevemente
a mis ojos.

SIXTO: Sí hará. Dadme esa mano.

De rodillas

PERETO: Eres de misa; ya no lo consiente
tu dignidad.

SIXTO: Si el trono soberano
de Roma coronara aquesta frente
con la tiara del pastor romano,
me levantara de su sacra silla
y os la besara hincada la rodilla.

Adiós, Camila; adiós, Sabina amada;
id con Dios.

Abrázalos

SABINA: Aun no hemos vendido
nuestra leña.

SIXTO: Iréis de camarada,
padre, con los serranos que han venido
al mercado.

CAMILA: No hayáis temor de nada,
que hartos irán con él.

SIXTO: Padre querido,
mirad que no caigáis.

SABINA: Que no hará, hermano.

SIXTO: ¿Anda bien el jumento?

SABINA: Bien y llano.

*Vanse todos. Salen RODULFO y el maestro ABOSTRA,
fraile franciscano*

RODULFO: El cardenal, mi señor,
como en su aumento se emplea,
ver a fray Félix desea
del papa predicador.

ABOSTRA: Vuestro tío el cardenal,
señor Rodulfo, se inclina
a una persona muy dina,
sabia, noble y principal.
¿Para semejantes puestos
como el púlpito romano
es bien honrar a un villano,
y dejar tales supuestos
como hay en mi religión?

RODULFO: Fray Félix es noble y grave;
Italia y el mundo sabe
las letras y erudición
de fray Félix.

al elegante Cursieto.

Florencia dijo por él
este Adviento, al capuchino,
el celebrado Antonino
se llamaba Cademiel;
y yo, que soy el menor,
no ha un mes que en la sacra curia...

RODULFO: Basta. A nadie se hará injuria.

Echar suertes es mejor,
que pues tan iguales son,
para juzgar como a sabio
no quiero hacer a once agravio
por honrar á uno.

ABOSTRA: Es razón
ésa muy justa. Ya están
todos dentro.

Sacan una urna de plata, y meten las cédulas

RODULFO: El que saliere
primero, ése se prefiere
a todos; y aunque les dan
en los sermones la fama,
nadie, padre, me parece
que entrar en suerte merece
como fray Félix; mas ama
mucho las escuelas, lea
agora, aunque no predique
al papa, y Fermo publique
lo que en él el cielo emplea.

ABOSTRA: Guíe el cielo soberano
mis dedos donde el deseo
pretende, que ahora veo
mi bien y mal en la mano.
La primera que he topado
saco.

RODULFO: Desdobladla, pues.

ABOSTRA: ¡Válgame el cielo!

RODULFO: ¿Quién es?

ABOSTRA: Fray Félix. Mas si no ha entrado
en suertes ¿cómo ha salido?

RODULFO: Dale su virtud favor;
pero alguno por error
la debe de haber metido
con los demás.

ABOSTRA: ¿Qué es aquesto,
cielos? ¡Que hasta un villano
me haga punta!

RODULFO: Salió en vano.
Aunque es tan gran supuesto,
no ha de ir fray Félix a Roma.
Rasgadla, y volved a sacar
otra.

ABOSTRA: ¡Queraísme ayudar,
cielos, que si una vez toma
mi dicha la posesión
del púlpito sacro, presto
gozaré el supremo puesto
de la de mi religión.

Sacan otra

Por lo menos no será
de fray Félix ésta.

RODULFO: Aquí
dice, "fray Félix."

ABOSTRA: ¡Que así
muerte mi envidia me da!
No debe de haber otro nombre
dentro de este vaso.

RODULFO: Vos
las escribisteis.

ABOSTRA: ¡Que Dios
me atormente con este hombre!

RODULFO: Pues dos veces ha salido
sin que en suertes haya entrado,
y el cielo le ha señalado,
él debe de ser servido

que de aqueste cargo goce.

Padre, haced que venga aquí.

ABOSTRA: ¡Que dos veces salga así
este villano entre doce!

RODULFO: ¡Gran cosa!

ABOSTRA: ¡Que por tan ruín
hombre, mis penas me inquieten!

RODULFO: Estos principios prometen
grande honra, dichoso fin.

No le llamen, que yo quiero
darle el cargo y parabién.

ABOSTRA: (Y a mí eL pésame me den. Aparte

Mas pues de envidia me muero,
y se celebra en Florencia
capítulo general,
si soy del orden claustral
general, la competencia
me pagará--¡vive el cielo!--
y que tengo de envialle
a que ande de valle en valle
guardando cabras.)

RODULFO: Recelo
que estáis envidioso.

ABOSTRA: ¿Yo?

De mi pecho juzgáis mal.
(Salga una vez general, Aparte
que ya la memoria halló
traza con que me vengar.
La opinión ha de perder
que tiene el villano, y ser
pastor.)

RODULFO: Vamos.

ABOSTRA: (¡Oh, pesar!) Aparte

Vanse todos. Salen SABINA y CAMILA

CAMILA: Adelante, hermana, pasa
con tu cuento y con tu amor,
mientras nos pagan la leña

que hemos vendido las dos,
que me parecen consejas
las que cuentas; y si son
verdades, pardiez, Sabina,
que es tu dicha la mayor.

SABINA: Es el escolar garrido
más que cuando sale el sol
entre nubes a quien borda
su dorado resplandor.
Cada día en el mercado
me aguardaba, como hoy;
que amor diz que aguarda al vuelo
como astuto cazador.
Comprábame los despojos
que muesa tierra nos dio,
ya el lino, ya las pajuelas,
ya la miel, ya el requesón.
Y si va a decir verdad,
en viéndole, el corazón
me bailaba dentro el pecho;
no sé yo quién le hacía son.
Llevé dos cargas de leña
uña vez, y el niño Dios
como vio leña, y es fuego,
echando chispas saltó,
más, que es cosa, y cosa hermana,
que en la leña no emprendió,
sino en el alma, do vive
convirtiéndola en carbón.
Dijome el escolarejo
tantas cosas, que al sabor
de sus melosas palabras
la libertad me robó.
En fin, le dije mi nombre,
pueblo, tierra y afición;
que amor, mudo en los principios,
da, a la postre, en hablador.
Proetió de ir a verme
en traje de cazador
otro día a muesa tierra.

¡Ay, Dios! ¡Qué bien lo cumplió!
 Los peñascos son testigos,
 sus robles testigos son
 de sus palabras, mis yerros
 el oro de Amor doró.
 Diome palabra de ser
 mi esposo, aunque urdiese Amor
 entre su seda mi estambre,
 que siempre ha sido urdidor.
 Quedé, mi Camila, dueña,
 pero no dueña de honor
 mientras César no cumpla
 la palabra que me dio.
 Tres años ha que viniendo
 a Fermo, como a señor,
 le paga mi amor tributo;
 suya ha tres años que soy;
 esta casa de placer,
 quinta o tercera es de Amor.
 ¿A dónde no pone en quintas
 este ciego enredador?
 Pero lo que más me aflige
 es, mi Camila, que estoy
 como hūevo de dos yemas,
 porque aquí me bullen dos;
 levántaseme a mayores
 el bríal, y de mi error
 descubro el fruto que quise
 gozar solamente en flor.
 ¿Qué me aconsejas?

CAMILA: No sé;
 parirlo, que es lo mejor.
 Tu liviandad me ha enojado,
 tu amor me da compasión.
 Ello es hecho, no hay remedio,
 el tiempo descubridor
 nos dirá lo que has de hacer.
 Finje que es opilación,
 no lo sepa mueso padre.

SABINA: Mi esposo viene.

CAMILA: ¡Ah, traidor
 rapaz, descubre secretos!
 ¡Huego en quién se cree de vos!

Sale CÉSARO

CÉSARO: ¡Labradora de mis ojos!

SABINA. ¡Cortesano de mi vida!

CÉSARO: Ya la pena se me olvida
 que por ti me daba enojos.
 Dame esos brazos.

SABINA: Y en ellos
 el alma.

CAMILA: ¡Verá del modo
 que están!

CÉSARO: Mi bien es todo.

CAMILA: ¡Eso sí; apretáos los cuellos!
 ¡Arrulláos; qué palominos
 sois los dos!

CÉSARO: ¿Esta serrana
 quién es?

SABINA: Camila, mi hermana.
 Ya sabe mis desatinos,
 abrázala.

CAMILA: ¿A quién? ¿A mí?
 mas no, nada. Hacéos a un lado.

CÉSARO: Abrazadme por cuñado.

CAMILA: Por cuñado, aqueso sí.
 ¡Qué buena cara que tien!
 No he visto ojos más garridos.
 Andáos a escoger maridos,
 Sabina, que lo hacéis bien.

CÉSARO: ¿Queréis vos uno?

CAMILA: ¿Qué manda?
 Nació en las malvas mi gesto.

CÉSARO: Que os casaréis; será presto
 la boda.

CAMILA: Ya se me anda.

CÉSARO: Pues, Camila, yo me encargo
 de casaros, y os prometo
 marido rico y discreto.

Abrazadme.

CAMILA: Es cuento largo.

CÉSARO: Tomad aquesta sortija
y los brazos.

Abrázala

CAMILA: Lo que os pido
es aquello del marido.

¡Ao verá cuál me embracija!

SABINA: Sabed, César, que esté
mala.

CÉSARO: ¡Cómo!

SABINA: El otro día...

Díselo tú, hermana mía,
que tengo vergüenza yo.

CÉSARO: ¿Qué tenéis, esposa amada?

CAMILA: ¿Qué diabros ha de tener?

Tentad y echaréis de ver
que tien la tripa hinchada.

CÉSARO: ¿Eso me dices ansí
sin albricias?

CAMILA: Yo os las pido.

CÉSARO: ¿Qué albricias?

CAMILA: Las del marido.

CÉSARO: ¡Hay tal ventura!

SABINA: ¡Ay, de mí!

que, si mi padre lo sabe,
temo que me ha de matar.

CÉSARO: Dejad, mi bien, de llorar,
que en el peligro más grave
socorre el cielo mejor.

Aquí, con gloria distinta,
ha de ser Chipre esta quinta,

y vos, Venus, que al Amor

ha de parir. Al mercado

acostumbráis cada día

venir; cuando, esposa mía,

llegue el tiempo deseado,

aquí, serrana querida,
 daréis el fruto que espero.
 La mujer del jardinero,
 que también está parida,
 cuidará de tu regalo.
 Mi padre es viejo y enfermo,
 y presto te ha de ver Fermo,
 si a mi amor mi dicha igualo
 en diversa vida y traje.
 Sed agora labradora,
 que así mi amor os adora.
 Sólo Castro y un paje
 saben nuestro amor; mi bien,
 no lloréis.

CAMILA: Alto de aquí.

CÉSARO: ¿Es hora, Camila?

CAMILA: Sí,
 que es tarde. Sabina, ven,
 que hueles a caballera,
 y vo envidiosa un poquillo.
 Yo no huelo sino a tomillo
 y cantueso.

SABINA: No quisiera
 partirme de aquí en mi vida;
 pero ya es de noche. Adiós,
 que acá me quedo con vos.

CAMILA: Espera hoy la despedida.

CÉSARO: Camila, el cielo os me guarde.

CAMILA: Ao, no pongais en olvido...

CÉSARO: ¿Qué?

CAMILA: Bueno, lo del marido.

CÉSARO: No hayáis miedo.

CAMILA: Ven que es tarde.

*Vanse las dos. Sale el príncipe FABRIANO,
 POMPEYO y DECIO*

FABRIANO: Debe a su santidad la casa Ursina
 mil mercedes, y yo principalmente

por la afición que a mi favor le inclina.

CÉSARO: Señor ¿qué es esto?

FABRIANO: Hoy, hijo, dale al cielo

mil gracias en albricias de que toma
a su cargo tu aumento mi consuelo.

.....

.....

Cardenal eres, César, de Roma.

CÉSARO: ¿Yo?

FABRIANO: Sí; la beatitud de Pio Quinto,

santo en la dignidad como en las obras,

la púrpura te da con que en distinto

y en diferente estado te prefieres

a tu hermano mayor en honra y fama.

Cardenal te ha criado, y ya lo eres,

CÉSARO: (¡Ay, de mí!) Aparte

FABRIANO: La familia y casa Ursina

honra su santidad con gran cuidado.

CÉSARO: (¡Ay, mi serrana hermosa! ¡ay, mi Sabina! Aparte

¿Qué estorbos de tu amor son los que escucho?

Mas, ¿qué estorbos quien ama no atropella?

Quien quiere mucho menosprecia mucho.

Perdóneme la púrpura romana,

la dignidad suprema y su capelo,

que mi sayal estimo y no su grana.)

FABRIANO: Paréceme que te has entristecido

de lo que era razón que te alegrases.

¿No me respondes? ¿Tú el color perdido?

CÉSARO: No te espantes, señor; mudo he quedado

cuando me ofreces el honroso oficio

del cargo sacro que gozar no puedo.

FABRIANO: ¡Cómo que no puedes! ¿Quién te inhabilita,

que no puedes gozarle?

CÉSARO: Estoy casado.

FABRIANO: ¿Casado? ¡Loco! mi paciencia irrita

a justo enojo. ¡Ah, desdichado viejo!

.....

CÉSARO: No aguarda Amor licencia ni consejo.

FABRIANO: ¿Quién es tu infame esposa?

CÉSARO: No es infame

la esposa de tu hijo, ni agora puedo
declararte quién es.

FABRIANO: ¡Que no derrame
tu sangre vil! ¿Quién es, Decio, responde,
esa mujer?

DECIO: Tan ignorante en eso
estoy, que no sé quién, cómo, ni adónde.
No privo yo tanto que me cuenta
de sua amores; otros pajes tiene,
ellos te lo dirán.

FABRIANO: ¿Hay tal afrenta?
¿Pareceráte bien que vuelva a Roma
el capelo que el papa te ha enviado,
cuando con tanto amor tus cosas toma?

CÉSARO: Sobrinos tienes, deudos y parientes;
pide para uno de ellos el capelo,
que en mí hallarás un mar de inconvenientes.

FABRIANO: ¿Quién es esa mujer?

CÉSARO: No he de decillo.

FABRIANO: Ponelde en el castillo de Fabriano,
veremos si lo dice en el castillo.
De guarda estén cien hombres.

CÉSARO: Aunque aplican
prisiones, poco importa, que en la ausencia
las almas, con amor, se comunican.

FABRIANO: Llevalde.

CÉSARO: (Todo por Sabina es poco.)Aparte

Llevan a CÉSARO

FABRIANO: No saldrás en tu vida; tu verdugo
seré en lugar de padre, infame loco.
Decio, tú sabes esto.

DECIO: Ruego al cielo,
señor, si sé tal cosa.

FABRIANO: ¡Hola! traedme
aquí un verdugo.

DECIO: De tu inclemencia apelo.

FABRIANO: Sacad un potro aquí.

DECIO: Dómele otro.
 No le saquen, señor, que aunque estudiante,
 no quiero que me den el grado en potro.
 La verdad cantaré, yo seré gallo.

FABRIANO: Acaba, pues.

DECIO: Estése el potro dentro,
 que no sé andar en potro ni a caballo.
 Césaró habrá tres años que, perdido
 por una serraneja de Montalto,
 le dió palabra y mano de marido.
 Tan pobre es, que su hermana es lavandera
 de los frailes franciscos que aquí habitan,
 y Césaró la adora de manera
 que, sin mirar que es hija de un villano,
 el más humilde y pobre de esta sierra,
 la jura hacer princesa de Fabriano.
 Cada mercado viene aquí cargada
 de baratijas, y cargada vuelve,
 porque pienso, señor, que está preñada.
 Aquesto es lo que sé, que no hay secreto
 que el relincho de un potro no descubra.
 Ella, en fin, es Sabina y él Pereto.

FABRIANO: No ha de quedar en todo el vil Montalto
 casa, pajiza, encina, piedra o roble
 que el fuego y mi venganza no dé asalto.
 Yo en persona he de hacer esta venganza.
 ¿De una villana Césaró marido?
 No logrará su vana esperanza.

DECIO: Canté por Dios. Un potro el arpa ha sido.

Vanse todos. Salen ASCANIO Colona y MARCELO, de camino

ASCANIO: ¡Y a qué vais, señor, a Roma?

MARCELO: A su santidad me envía
 Venecia y su señoría;
 que el ver cuán a pechos toma
 esta santa guerra y liga,
 ha obligado su tesoro,

con una tiara de oro
y piedras con que bendiga
el estandarte, le ofrece.

ASCANIO: La potencia veneciana
de liberal y cristiana
el primer nombre merece.

MARCELO: A sesenta mil ducados
ha llegado.

ASCANIO: ¡Hermosa pieza;
y digna de la cabeza
de un Pío Quinto!

MARCELO: Convocados
los generales están,
de aquesta liga, el romano
por la iglesia, el veneciano
y el fénix de Austria don Juan,
hijo del flamenco Marte
y cabeza de la liga.
Quieren que el papa bendiga
el católico estandarte,
donde las armas han puesto
de la iglesia soberana,
del rey, y la veneciana
señoría, y para esto
me envían con la tiara
que os he dicho.

ASCANIO: De ese modo
vamos juntos, que yo y todo
voy a Roma, y me pesara
no hallarme en esta ocasión
en ella, porque es mi tío
el capitán a quien Pío
da de la iglesia el bastón.
Hame impetrado un capelo
del Papa.

MARCELO: Y en vos está

ASCANIO: bien empleado.

MARCELO: Será
para serviros.

Sale SIXTO

SIXTO: ¡Que el cielo,
 cuando más honra me trata
 en la vulgar opinión,
 por la vil persecución
 de la envidia así me abata!
 Huyendo de su malicia
 vengo al sacro tribunal
 del jüez pontifical,
 que sólo de su justicia
 espero lo que me niega
 la envidia en mi religión.
 Mas, válgame Dios, ¿quién son
 aquestos?

MARCELO: Un fraile llega
 de camino y a pie?

ASCANIO: Padre,
 ¿adónde solo y a pie?

SIXTO: Adonde el cielo me dé
 defensa. A Roma, que es madre
 de perseguidos.

ASCANIO: ¿Qué veo?
 no sois vos fray Félix?

SIXTO: Félix fui, ya soy infelix,
 señor Ascanio.

ASCANIO: El deseo
 de veros se me ha cumplido;
 mas no de veros ansí.
 Veis, señor Marcelo, aquí
 el que a Italia ha enriquecido
 de letras, el que en el mundo
 columna de ciencias fuera
 cual la de Set, si viniera
 otro diluvio segundo.
 Es éste el fray Félix Pereto.

MARCELO: ¿El de Montalto?

ASCANIO: El que asombra.

MARCELO: El monstruo, Italia, le nombra

de letras.

ASCANIO: Esto, os prometo.

MARCELO: ¿Pues cómo venís así,
honra de nuestra nación?

SIXTO: Háceme contradicción
la envidia, por ver en mí
humildad en el linaje,
letras en la juventud,
premio y honra en la virtud,
y llaneza en el lenguaje.

Hanme hecho predicador
del papa, y llévalo mal,
señores, mi general.
Huyo en fin de su rigor,
porque ha mandado prenderme,
y por desacreditarme,
al papa envía a acusarme,
y yo, queriendo valerme
de mi justicia, he venido
huyendo hasta la montaña.

MARCELO: ¡Oh, bien gobernada España
donde la observancia ha sido
la que, echando a la claustral
tiene en ella firme asiento!
Sabe el cielo lo que siento
que os trate vuestra orden mal;
pero no fuera señor
José de Egipto y su tierra
a no hacerle tanta guerra
la envidia. Mostrad valor,
que a Roma vamos los dos,
y con nosotros podéis
ir seguro, si queréis.

SIXTO: Págueos tanta merced Dios.

ASCANIO: Ya el papa tendrá noticia
de quien sois; pero, si fuere
necesario y os pidiere
cuenta de vuestra justicia,
yo os abonaré.

SIXTO: De mí

voy satisfecho, señor;
no he menester protector,
mi inocencia hable por mí.

ASCANIO: Ya yo sé que la tenéis
en toda Italia abonada.

Sale JULIO, criado

JULIO: La cena está aderezada.

MARCELO: Venid y descansaréis;
que luego caminaremos.

ASCANIO: Vamos, veréis la tiara.

SIXTO: Virtud, tu valor me ampara,
por más que andes por extremos.

Éntranse, sino es JULIO, que saca una tiara

JULIO: ¡Oh, hética inagotable
de la codicia de Midas!
Oro gastan tus comidas,
tu sed bebe oro potable.

De oro vistes tu avaricia,
de oro buscas tu amistad
y oro ha puesto mi lealtad
en tus manos, vil codicia.

La tiara que Venecia
ha entregado a mi señor
para el romano pastor,
hurtó mi codicia necia.

Con sesenta mil ducados
que valéis, ¿qué lealtad
podrá con seguridad
librar de vos sus cuidados?

Entre estas piedras que son
las más ocultas os dejo
escordida, y yo me alejo;
con vos queda el corazón.

Quiero volver donde pueda
no dar sospecha, y después

que en vano busquen quien es
 el ladrón que en vos se queda,
 tornaré, que aunque es vileza,
 esta no la puede haber
 como el haber menester,
 pues siempre es vil la pobreza.

Escóndela entre unas piedras y vase. Sale

SIXTO

SIXTO: Mientras duerme quien me ampara,
 montañas, cuya aspereza
 tengo por naturaleza,
 oid en lo que repara
 del mundo la suerte avara;
 porque entre el tosco sayal
 nace la invidia mortal
 y me causa esta inquietud;
 que hasta la misma virtud
 quieren que sea principal.
 ¿Qué diferencia el cielo hace,
 --decid, encinas y robles--
 entre villanos y nobles,
 que tanto los satisface?
 Llorando uno y otro nace
 y con las mismas señales,
 cayados y cetros reales,
 lloran también al salir;
 que en el nacer y morir
 unos y otros son iguales.
 No abate al roble la palma
 por ser sus frutos mejores,
 que las dotes que hay mayores
 son sólo dotes del alma.
 Con ellos mi dicha calma,
 por faltarme los pequeños,
 de quienes son otros dueños.
 Penas, razón de esto os pido;
 dádmela, aunque esté dormido,
 si puede haberla entre sueños.

*Duérmese sobre las peñas donde
está escondida la tiara. Aparécele Roma en lo alto
con unas llaves en la una mano, y en la otra una espada
desnuda*

ROMA: Félix, ¿qué descuido es éste?
Tiempo es de velar, despierta;
que el que ha de ser mi pastor
no es bien que descanse y duerma.

SIXTO habla entre sueños

SIXTO: ¿Quién eres, doncella hermosa,
que tus palabras me inquietan
el alma?

ROMA: Roma, del mundo
y de la iglesia cabeza.

SIXTO: ¿Pues qué me quieres?

ROMA: Armarte,
para que en los hombros tengas
la carga honrosa y pesada
de la militante iglesia.
El Santo Papa Pío Quinto,
en cuyo favor esperan
Austria y España en Lepanto
vencer las lunas turquescas,
con un capelo te aguarda;
y después que las ovejas
del católico rebaño
seis años rijan, y suceda
en su santidad y silla
Gregorio, de fama eterna,
para consagrar tus sienes
mis tres coronas te esperan
por un lustro con que ilustres
a Italia, que está en tinieblas.
No te vencerá la envidia

de tus émulos, ni temas
 sus vanas persecuciones,
 pues porque mejor las venzas
 dos llaves te ofrece el cielo;
 pero, porque las poseas
 en seguridad, te da
 aquesta espada con ellas.
 Crüel te llamará el vulgo,
 pero, a pesar de sus lenguas,
 advierte que no se alcanza
 a veces la paz sin guerra;
 usa, Félix, el rigor
 que esta espada blanca muestra,
 y gozarás de estas llaves.

*Cúbrese Roma. Despierta SIXTO. Queriendo
 levantarse, saca la tiara en la mano alborutado*

SIXTO: Oye, Roma, aguarda, espera;
 la tiara que me ofreces
 quiero ver dónde la llevas.
 Dame, Roma, la tiara.
 ¡Válgame Dios! ¡Qué quimeras
 aun durmiendo me persiguen!
 ¡Cielos! ¿Qué tiara es ésta?
 ¿Quién durmiendo me la ha puesto?
 Pero dentro de estas penas
 cuando desperté la hallé.
 Si con señales tan ciertas,
 Roma, no gozo tu silla,
 nadie en pronósticos crea.
 ¡Oh, peso de todo el mundo,
 que, sin saber lo que pesas,
 tienes tantos deseosos,
 rica y noble en la apariencia!
 ¿Qué mucho que peses tanto
 si te adornan tantas piedras?
 Y ¿qué mucho que dé de ojos
 la cabeza que te lleva?

¡Válgame el cielo! ¿Quién pudo
ocultar tanta riqueza
en estos toscos peñascos?
Pero ¿qué voces son éstas?

Salen ASCANIO, MARCELO y JULIO alborotados

MARCELO: Todos los de la posada
y el huésped con ellos prendan,
que tal insulto merece
como es la culpa la pena.

ASCANIO: ¿Hay igual atrevimiento?
¡La tiara que Venecia
envía al papa, robada!

JULIO: (Encubrid mi insulto, peñas.) *Aparte*

MARCELO: ¡Válame el cielo! ¿Qué veo?
¿La tiara no es aquélla
la misma?

ASCANIO: ¡Jesús! Fray Félix,
¿vos la hurtasteis? No creyera
tal cosa jamás. ¡Jesús!

MARCELO: No me espanto de que os tengan,
padre, en tan mala opinión,
pues que vuestras obras muestran
las malas inclinaciones
que a los de vuestra orden fuerzan
a perseguiros así.

SIXTO: Pues yo...

ASCANIO: ¿Aún no tenéis vergüenza
de hablar aquí? No hay disculpa.

MARCELO: Vaya a Roma, porque en ella
se castigue este delito
como merece.

ASCANIO: ¿A bajeza,
se inclina un hombre cual vos,
semejante? Mal se emplean
las letras que os dan tal fama.

JULIO: (De mis desgracias las medias *Aparte*
ahorro, ya que perdí,

por mi poca diligencia,
tal joya, pues mi codicia
con mi infamia está encubierta.)

ASCANIO: Por lo bien que os he querido,
padre, y por la reverencia
del hábito que traéis,
de quien dais tan mala cuenta,
haré que no os lleven preso
a Roma, que me avergüenza
el ver a un fraile ladrón.

SIXTO: Escuchad, señor.

MARCELO: ¡Que aún lengua
tengáis para disculparos
de tal! ¡De que a tal bajeza
la de su bajo linaje
le inclina!

Vanse todo sino es SIXTO

SIXTO: ¡Cielos, paciencia!

¿Qué enredos, qué confusión
rendir mi paciencia intenta?
Qué borrasca, qué tormenta
derriba así mi opinión?
¿Ya me tienen por ladrón,
cuando me juzgo por dueño
de Roma? ¡Por tan pequeño
gusto, afrentas, cielos, tales!
Despierto me dais los males,
y los bienes cuando sueño.

¡Ay de mí, cómo ha salido
el vil pronóstico cierto!
Ya experimento despierto
lo que me engañó dormido.
Las tres coronas han sido
aquéstas que mis quimeras
creyó gozar verdaderas.
¡Ay, desdichada ambición!

¡De burlas mis dichas son,
y mis desdichas de veras!

Salen CHAMOSO, CRENUDO y PERETO, llorando

CRENUDO: Ya el llanto, Pereto, en vano
vuestra honrada vejez baña.

CHAMOSO: No ha sido, por cierto, hazaña
del príncipe Fabriano
el quemar la pobre hacienda
que el cielo en Montalto os dió;
pero ya que os la quemó,
dando a su cólera rienda,
en mi casa viviréis,
y la mía, aunque es escasa,
será vuesa.

PERETO: No es mi casa
quien causa el llanto que veis;
que, aunque de ella vivo falto,
la vejez que me hace guerra
casa debajo la tierra
pide, y no sobre Montalto.
Mi honra lloro perdida,
y a Sabina que la dió
a quien tan mal la empleó.

SIXTO: ¡Padre!

PERETO: ¡Hijo de mi vida!
¿Tú aquí?

SIXTO: Y vos dando a los ojos
llanto que mis penas fragua.

PERETO: ¡Ay, Félix! no basta el agua
que derraman mis enojos
para que la mancha lave
de nuestro honor.

SIXTO: ¡Ay de mí!
Padre mío, ¿cómo así?

PERETO: Sabina, tu hermana, sabe
el cómo. A César ha dado
la joya de más valor

que heredó de nuestro honor.
 Su padre, el príncipe, airado,
 porque su mujer la llama,
 dicen que le tiene preso,
 y en venganza de este exceso
 que dice ofende su fama,
 fuego a mi casa pajiza
 ha puesto, cuyas alhajas
 por ser los techos de pajas
 se han convertido en ceniza.

Pero no siento esto tanto
 como mi perdido honor
 y que quite de este error
 fruto que aumente mi llanto.

Félix [hijo], Sabina está
 preñada.

SIXTO: Eso, sí, Fortuna.
 Vengan desdichas, que alguna
 la vida me acabará.

¡Ah, males con que acrisolo
 mi paciencia! Derribad
 juntos mi felicidad;
 que nunca un mal viene solo.

Padre, ni el honor perdido,
 ni la hacienda siento tanto
 como ese honrado llanto
 que el alma me ha enternecido.

¡Ay, padre! Quién padeciera
 cuantas penas puede haber
 para que del padecer
 ninguna parte os cupiera!

No pequeñas me han cabido.
 Infamado de ladrón
 estoy, y mi religión
 de su gremio me ha expelido.

Pero aunque tanta venganza
 a la envidia doy, no intento,
 porque crezca el pensamiento,
 que desmaye la esperanza;
 que si el cielo solicita

contra mí desdichas tales
y, con un tropel de males,
todos los bienes me quita,
sin ellos mi dicha pruebo,
que, pues por tan varios modos,
Dios me desnuda de todos,
es por vestirme de nuevo.

Yo voy a Roma; allí tengo
al cardenal protector,
y de su ayuda y favor
mi felicidad prevengo.

Entretanto, padre mío,
podréis con Chamoso estar;
que de nadie oso fiar
lo que de su amistad fío.

Chamoso por mi respeto
mirara, padre, por vos.

CHAMOSO: Por cualquiera de los dos,
que es muy honrado Pereto.

Mas ya que a Roma partís,
¿vais a pie?

SIXTO: No tengo en qué,
y es fuerza que vaya a pie.

CHAMOSO: No haréis, pues eso decís;
que os prestaré un quartago
que el miércoles os pondrá
dentro en Roma.

SIXTO: ¿Quién podrá
pagarlo?

CHAMOSO: No quiero pago.

SIXTO: Dame, mi padre, tu mano.

PERETO: Pague tu obediencia el cielo,
que con verte me consuelo;
mas sin honor todo es vano.

SIXTO: Estos trabajos celebran
mi nueva felicidad;
que la virtud y verdad
adelgazan, mas no quiebran.

Vanse todos. Entra EL PAPA Pío Quinto,

*RODULFO, un FRAILE franciscano y otro. Siéntase EL
PAPA*

EL PAPA: Ya yo tengo noticia de las partes
de aqueste religioso; que fray Félix
tiene fama y renombre en varias partes.

También la envidia sé que le hace odioso
con su orden, y estimole por eso,
que siempre es envidiado el virtuoso.

Si el general por eso le aborrece
y le acusáis vosotros, yo le alabo,
que la virtud más perseguida crece.

FRAILE 1: Beatísimo padre, en esta carta
que nuestro padre general escribe
a vuestra santidad hay materia harta
para que eche de ver cuán virtuoso
es fray Félix al mundo, y su justicia
dar ayuda y favor a un sospechoso
en la fe.

RODULFO: Si no hubiera más sospecha
en vuestra acusación que en el hábito,
quedara esa malicia satisfecha.

EL PAPA: Cosas de fe aun en duda es bien vellas,
que aun la fama no más deslustra un hombre.

RODULFO: ¡Ah, envidia! ¡Qué de honores atropellas!

EL PAPA: Vos la leed, que de un ingenio grande
se puede sospechar cualquier desgracia.

RODULFO: ¡Que a tal maldad la envidia se desmande!

Mas aunque más su fuego y rabia atice
la verdad vencerá por flaca que ande
Así la carta, padre santo, dice,

Lee

"El maestro fray Félix Pereto, por católico
celoso de nuestra Santa Fe, y el más docto de
nuestra Religión, merece que vuestra Santidad
le premie en el cargo de Inquisidor de Venecia,

que está ahora vacante, y en confirmación de esta verdad lo firmamos yo y los infrascritos por testigos de su abono en esta Universidad de Fermo y Monasterio Claustral de San Francisco, a 26 de octubre de 1550. El maestro Abostra, indigno General de la Orden Claustral de San Francisco--
Fray Ángelo de Monte--Fray Silvestre Espigio."

Muy sorprendido

FRAILE 1: Fray Ángelo, decid, ¿yo he firmado tal cosa?

FRAILE 2: ¿Yo en su abono eché mi firma?

FRAILE 1: ¿El padre general escribió eso?

EL PAPA: ¿Son aquestos los cargos que deponen de fray Félix, decid? Vuestra vergüenza os sirva de castigo por ahora.

RODULFO: No quepo de contento.

FRAILE 2: ¡Oh, envidia necia!

EL PAPA: Inquisidor le nombro de Venecia.

Sale SIXTO

SIXTO: Gracias al cielo, que puedo pisaros, palacios sacros, y en miércoles, que es mi día, venturoso fin aguardo. Pero, ¿estoy en mí? ¿Qué es esto? Inadvertido me he entrado hasta la presencia misma del universal prelado. Pon, santísimo pastor, en mi boca ese pie santo, dos veces por el oficio y por el dueño sagrado.

EL PAPA: Levantáos, hijo, ¿quién sois?

RODULFO: ¡Cielos! al colmo llegaron las venturas de fray Félix.

El que te adora postrado
es el que su orden persigue.

EL PAPA: A buen tiempo habéis llegado.

Huélgome de conoceros;
indicios he visto claros
de vuestro divino ingenio
en vuestro semblante sabio.
Vuestro general es muerto.

SIXTO: ¡Válgame el cielo!

EL PAPA: En vos hallo
partes dignas de ocupar
fray Félix, tan digno cargo.
Por vicario general
en lugar suyo os señalo.

SIXTO: Son mis fuerzas...

EL PAPA: De esto gusto.

SIXTO: En tus pies pongo mis labios.

FRAILE 1: ¿Qué dice, padre, de aquesto?

FRAILE 2: Que hemos muy bien negociado.

¿Quién le dijo que era muerto
el general?

FRAILE 1: Si es un santo,
Dios, padre, se lo habrá dicho.

EL PAPA: También, fray Félix, os hago
inquisidor de Venecia.

SIXTO: Tanto bien...

RODULFO: Gocéis mil años
el oficio.

SIXTO: Todo viene,
Rodulfo, por vuestra mano.

A SIXTO

FRAILE 1: Dadnos a besar la vuestra
como a súbditos.

SIXTO: Los brazos
os doy, olvidando, padres,
vuestra envidia y mis agravios.

Salen ASCANIO y MARCELO, y sacan en una fuente la tiara

MARCELO: Gran sucesor de San Pedro,
el senado veneciano
esta tiara os presenta,
porque el estandarte santo
de la liga bendigáis
con ella.

EL PAPA: Muestra el Senado
de su cristiandad el celo.

RODULFO: ¡Gran joya!

FRAILE 1: ¡Presente raro!

EL PAPA: Mostrad.

*Vásela a dar y tropieza, y da la tiara en
las manos de SIXTO*

SIXTO: ¡Válgaos Dios! Tened,
que la que ha de estar en alto
de la cabeza del Papa
no es razón que caiga abajo.

EL PAPA: No hará, fray Félix, que vos
la tenéis, y en vuestras manos
mi tiara está segura,

SIXTO: (¡Válgame Dios! ¡qué presagios Aparte
tan grandes mi pecho inquietan!)

ASCANIO: Padre, el cielo os da su amparo,
y vuelve por la virtud
que os da fama y nombre claro.
Ya supimos quién hurtó
esta tiara y cuán falso
fue nuestro loco juicio.
Él queda ya castigado,
y a vos perdón os pedimos.

SIXTO: Con él os doy estos brazos.
(Cielos, dichoso fin tienen Aparte
mis rigurosos trabajos;

los de mi padre volved
en gusto.)

EL PAPA: A bendecir vamos
el católico estandarte
de la liga. En vuestras manos
dió, fray Félix, mi tiara;
traedla, que os he cobrado
tanta afición que he de haceros
mucho favor.

SIXTO: Tus pies sacros
beso mil veces humilde.
(Miércoles, siempre me ha dado Aparte
en tí el cielo buena suerte.)

FRAILE 2: ¡Gran dicha!

MARCELO: ¡Suceso extraño!

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

Salen ALEJANDRO Y PERETO

ALEJANDRO: La mano César ha dado
de esposo a Octavia Colona.
Ya se ilustra su persona,
asegurando el cuidado
de su padre, que hasta agora
le ha tenido en una torre.
Pues una vejez socorre,
y una pobre labradora
pierde poco en ser gozada
de un príncipe, no os aflija,
buen viejo, el ver vuestra hija
de esa esperanza burlada;
que el nieto que el cielo os dió,
como hijo natural
de César, del sayal,
que en vuestra casa heredó,
pasará a la ilustre seda,
y os honraréis, en efeto,
con un caballero nieto
que a pique de heredar queda
el estado de Fabiano,
porque Julio, que heredaba
al príncipe, agora acaba
de morir; siendo su hermano,
César, tan venturoso,
que en el estado sucede.

PERETO: Cuando por príncipe quede
César y de Octavia esposo,
no quedará muy honrado,

y su nobleza celebra
 con las palabras que quiebra
 quien su valor ha quebrado.

Gózense, vivan los dos
 en el fruto de su hazaña,
 que si una mujer engaña,
 no podrá engañar a Dios,
 que es juez y testigo santo
 de que es sola su mujer
 mi Sabina.

ALEJANDRO: Podrá ser
 si porfiáis, padre, tanto,
 que irritando la paciencia
 del príncipe mi señor,
 efectos de su rigor
 os hagan tener paciencia.

Él es quien aquí me envía
 a que de su parte os ruegue,
 sin que el interés os ciegue
 de vuestra vana porfía,
 que déis a Sabina estado
 con algún serrano igual
 a su sangre y natural;
 que así quedaréis honrado,
 y César, vuelto en sí,
 viendo a Sabina casada,
 podrá la palabra dada
 cumplirá Octavia. Si así
 lo hacéis, para remediaros
 mil ducados os ofrece
 el príncipe. Si os parece
 hoy podéis determinaros.

PERETO: Decí al príncipe, señor,
 que si supiera el contento
 que mi grosero sustento
 y estado de labrador
 me causó siempre, y lo poco
 en que estimo los blasones,
 noblezas y pretensiones
 que llama honra el mundo loco,

yo quedara disculpado
y tuviera su grandeza
más envidia a mi pobreza
que yo a su soberbio estado.

Que no el tener cofres llenos
la riqueza en pie mantiene;
que no es rico el que más tiene
sino el que ha menester menos.

Si Sabina me creyera,
ni el príncipe se quejara,
ni nuestro estado sacara
de su humilde y pobre esfera.

Era mujer, y heredó
de la primera mujer
el ser fácil de creer;
pero pues que la engañó,
decid, que de qué provecho
darla a otro esposo será,
ni quien deshacer podrá
lo que Dios y el cielo ha hecho.

Yo no le pienso ofender,
supuesto que sé por cierto,
por su palabra y concierto,
que es Sabina su mujer,
pues vivirá consolada,
por más que el vulgo la arguya,
con llamarse esposa suya;
aunque no perdiera nada
vuestro príncipe, por cierto,
en juntar su sangre noble
con nuestra humilde, que al doble
es más sabroso el injerto
que junta la noble rama
al tronco áspero y grosero,
y Amor, como es jardinero,
más estos injertos ama.

Pero no importa, decí
que goce a Octavia mil años,
pues agravian sus engaños
la casa Colona así;

y los ducados que ofrece
 no los hemos menester,
 que no se usa aquí vender
 las honras, ni me parece
 que juzgará el vulgo necio
 bien de nuestro honor, si intenta
 ponerle al príncipe en venta
 y Sabina admite el precio;
 que en la corte es cosa usada,
 por más que el vulgo lo note,
 el remediar con un dote
 una mujer deshonrada.

Y si esto el mundo publica,
 no es bien que esta fama cobre;
 pues vale más la honra pobre
 que la deshonra más rica.

ALEJANDRO: Pesárame de que os venga
 de aquesa resolución
 algún mal.

PERETO: En mi razón
 mi inocencia amparo tenga.
 No es la justicia cobarde
 que me ha de amparar.

ALEJANDRO: Recelo
 algún mal, buen viejo. El cielo
 os desengañe.

PERETO: Él os guarde.

Vase ALEJANDRO

PERETO: Acuérdome una vez haber oído
 una fábula en que ejemplos toco,
 notables de un ciprés, que en tiempo poco
 hasta el cielo creció desvanecido.
 Burlábase de un junco que, vencido,
 su segura humildad juzgaba en poco;
 mas con un viento recio el ciprés loco,
 quedando el junco en pie, se vió abatido.
 Su humilde estado y pobres ejercicios

estime mi Sabina, aunque haya hecho
 burla el ciprés de su honra y hermosura;
 que cuando en los soberbios edificios
 abrasa el rayo el más dorado techo,
 la más humilde choza está segura.

Sale SABINA

SABINA: Arroyuelos que, entre arenas,
 plata en guijas descubris,
 pareciendo que os reís
 porque lloro yo mis penas;
 márgenes verdes y amenas
 que al sol servís de cortina,
 cuando en su agua cristalina
 imita a Narciso hermoso,
 decidle a mi preso esposo
 lo que llora su Sabina.

Montes de crecidos talles
 que los cielos asaltáis
 y al ambicioso imitáis,
 como al humilde los valles;
 verdes e intrincadas calles,
 por cuya sombra camina
 el que ausente peregrina,
 cual yo, sin gusto y reposo,
 decidle a mi pobre esposo
 lo que llora su Sabina.

PERETO: ¡Qué descuidada venís
 cantando endechas al prado!
 Llorad vuestro honor burlado,
 hija, si agravios sentís.

SABINA: Padre mío, ¿qué decís?

PERETO: Que César, en vuestra afrenta,
 ajenos brazos intenta,
 y a olvidaros se ha dispuesto;
 porque quien se cree de presto
 presto también se arrepienta.
 César a Octavia pretende

por esposa, que es su igual,
 y el oro con el sayal
 siempre se agravia y se ofende.
 Comprar vuestro honor pretende,
 para haceros más afrenta,
 y cubrir con oro intenta
 el hierro de vuestro amor.
 Mirad si es joya el honor
 digna de ponerse en venta.

SABINA: ¡Ay, de mí!

PFRETO. Llorad las penas
 de vuestras desgracias sumas,
 pues vuestras groseras plumas
 dejásteis por las ajenas.
 Las del sayal eran buenas.
 Quien su natural violenta
 bien es que su agravio sienta;
 morir llorando os conviene,
 porque en poco su honor tiene
 a quien no mata una afrenta.

SABINA: ¡Cielos! ¡César casado!
 No es posible, engaños son;
 que es profeta el corazón,
 y no le siento alterado.
 Alto, amoroso cuidado,
 buscad el modo mejor
 como asegure mi honor
 con mi esperanza afligida,
 que corre riesgo la vida
 en el potro del temor.

*Vanse los dos. Sale el príncipe FABRIANO,
 MARCO Antonio y ALEJANDRO*

FABRIANO: ¿Eso responde el villano?

ALEJANDRO: En eso se determina.
 Esposa llama a Sabina
 de César, y que es en vano,
 dice, el que intenta vencer

con interés su firmeza,
 que estima en más su pobreza
 que tu valor y poder;
 fuera de que ofenderá
 a Dios si se determina
 casar con otro a Sabina
 si con tu hijo lo está.
 esto responde.

MARCO: ¡Que así
 un rústico vil responda
 a un príncipe, y corresponda
 al valor que vive en ti!
 Ya no siento tanto el ver
 que sea estorbo una villana
 para que Octavia, mi hermana,
 de César sea mujer,
 mezclándose de esta suerte
 la sangre ursina y colona,
 como el ver que a tu persona
 hable un pastor de esta suerte.
 ¡Vive Dios! Que he de quitar
 los estorbos de una vez,
 y que su loca vejez
 las canas ha de bañar
 en la sangre de su hija.

FABRIANO: Indigno es de tal persona
 que Marco Antonio Colona
 venganza tan vil elija,
 que los más viles criados
 de mi casa abrasarán
 a Montalto y quitarán
 los estorbos y cuidados
 que nos da esa vil mujer,
 con su muerte.

MARCO: Con mis manos
 he de hacer que estos villanos
 no se atrevan a poner
 el pensamiento tan alto
 que con mi hermana compita.
 Hoy verá Italia que imita

a Troya, Castel Montalto.

Vase MARCO Antonio

FABRIANO: ¡Que sea yo tan desgraciado
 que venga a ser mi heredero
 de tres hijos el postrero,
 tan bajamente inclinado
 que darme nietos pretenda
 de sangre grosera y tosca!
 Antes que Italia conozca
 tal afrenta, ni él me ofenda,
 un garrote le haré dar
 en el castillo, en que preso
 le tiene su amor travieso;
 porque no me han de heredar
 villanos, aunque se quede
 mi casa sin sucesión.

ALEJANDRO: Contra esa resolución
 nieto tienes que te herede.

FABRIANO: Que le amo, te prometo.

ALEJANDRO: Es tu sangre.

FABRIANO: Sí lo fuera,
 si mezclada no estuviera
 con la tosca de Pereto.

*Vanse los dos. Salen ASCANIO Colona, DECIO y
 SIXTO, de fraile*

ASCANIO: Dícenme que habéis venido,
 padre, a Roma a pretender
 un capelo, y que habéis sido
 ocasión de suspender el papa,
 el que le he pedido.
 También Octavia, mi hermana,
 se queja que una villana
 esposa se osa llamar
 de César, y estorbar

lo que en esto Italia gana.

Y si fuera otra persona
que con Ascanio Colona
compitiera, y no un pastor
sin prendas y sin valor
como vos, de quien pregona
la fama tanta ambición,
la competencia llevara
mejor; mas vos, ¿es razón
que aspiréis a la tiara,
desde el grosero azadón,
y que el intento villano
de vuestra hermana la mano
pida a César, y me ofenda,
tan soberbia que pretenda
ser princesa de Fabriano?

¿Vos, cuyo padre en Montalto,
con vida tosca y grosera,
de todo vive tan falto,
y ella, que una lavandera
es de Fermo? ¿Vos tan alto,
que el grado de cardenal
pretendáis desde el sayal,
y ella llamarse princesa?

SIXTO. ¡Señor...!

ASCANIO: ¡Ambición es ésta
de un rústico natural!

¿Vos conmigo competencia,
sabiendo que os hizo el cielo
un villano?

SIXTO: Mi paciencia
os obligue...

ASCANIO: ¿Vos capelo?

SIXTO: Yo no tengo suficiencia,
méritos, sangre y valor
para que en Roma pretenda
esa dignidad, señor;
ni tampoco es bien me ofenda
vuestro enojo. De un pastor
nacé, pero no es ultraje;

que el más soberbio linaje,
que a mayor nobleza aspira,
si el principio suyo mira
hará que el orgullo abaje.

El río de más corriente,
que hace ilustre su ribera,
amansara su creciente
si el principio considera
que le da una humilde fuente.

La fuente considerad
de vuestro linaje honroso,
y estimaréis mi humildad;
pues sois río caudaloso,
porque os veis en la mitad
de vuestro curso opulento;
que si yo conforme intento
no os igualo y menos soy
con ser río, es porque estoy
cerca de mi nacimiento.

Yo no vengo a pretender,
Ascanio, el ser cardenal,
aunque lo pudiera ser;
soy vicario general
de mi orden, y por ver
la envidia, enojo y pasión
que tiene mi religión
y los poderosos de ella,
por verme cabeza en ella,
su injusta persecución
me fuerza a que el papa
pida que del oficio me absuelva,
y con otro estado y vida,
o a mis principios me vuelva,
o del orden me despida.

Estos favores prevengo
y a esto sólo a Roma vengo.
Ved qué modo de intentar
cargo, si vengo a dejar,
Ascanio, el cargo que tengo.

Si César tuvo amor

a mi hermana, y ella ha sido
 tan dichosa, que al valor
 de su nobleza ha subido,
 con ser hija de un pastor,
 ¿por qué culpáis su ventura,
 pues que la naturaleza
 con mil ejemplos procura
 igualar a la nobleza
 muchas veces la hermosura?

Veis como no estoy culpado
 y con la poca razón,
 Ascanio, que estáis airado.

ASCANIO: Estoy en esta ocasión
 en el palacio sagrado,
 villano, que si no...

SIXTO: Paso,
 mirad que su santidad
 sale.

ASCANIO: De enojo me abraso.

SIXTO: (¡Ay, pobreza y humildad, Aparte
 lo que por vosotras paso!)

*Sale EL PAPA, Pío Quinto y dos FRAILES
 franciscanos, siéntase EL PAPA*

FRAILE 1: De parte de la orden, padre santo,
 a vuestra beatitud pido y suplico
 a fray Félix absuelva del oficio,
 si no quiere que todos nos perdamos.

EL PAPA: ¿Pues qué tiene fray Félix?

FRAILE 1: Es de modo
 la gran severidad con que castiga
 las más mínimas faltas de nuestra orden,
 que es imposible se conserve y medre
 mientras el lego reine. La clemencia tiene
 en pie las repúblicas y reinos;
 y el castigo y rigor demasiado
 destruye las provincias y ciudades.
 Fuera de que los frailes principales
 que la orden claustral de San Francisco
 honran con sangre ilustre y generosa,

sienten, y con razón, que los gobierne
un pastor de las grutas de Montalto.

EL PAPA: ¿Luego en la religión y su pobreza
también miran en sangre y en nobleza?

SIXTO: Santísimo pastor, si un desdichado
merece, porque el cielo y la Fortuna
le hizo hijo de unas peñas toscas,
que todos le persigan, yo me precio
de hijo de Pereto, un pastor pobre
que en Montalto dejó el arado rústico
por herencia a sus hijos; y esto sólo
quiero ser, y no más, pues soy indigno
del hábito que traigo y del oficio
que vuestra santidad con él me ha dado.
A vuestra beatitud pido y suplico
me absuelva de él y volveré contento
a mi sencillo y pobre nacimiento.

EL PAPA: Más luce, hijo, la virtud de un hombre
cuanto de más humilde y pobre sangre
se ensalza más. Yo y todo en mis principios
nací de un pobre labrador, y aun anduve
de puerta en puerta mendigando el tiempo
que estuve en mis estudios ocupado.
Parientes tengo yo cual vos, fray Félix,
pobres y en traje de sayal grosero;
que si se precia de su sangre el necio,
más noble es la virtud de que me precio.
Si el orden vuestro juzga por agravio
que le rijáis, por eso yo os absuelvo
del oficio que en ella habéis tenido.
Y pues que Fermo os vio vendiendo leña
y registeis ovejas en Montalto,
en castigo, fray Félix, de sus quejas,
pastor de Fermo os hago y sus ovejas.
Obispo sois de Fermo.

SIXTO: Padre santo,
¿cuando me abaten me ensalzáis vos tanto?

EL PAPA: Así doy gusto a todo el orden vuestro,
y os premio a vos. A Ascanio quiero darle
el capelo que tanto ha que pretende.

El de Santa Sabina le prometo.

ASCANIO: Tus santísimos pies beso y respeto.

EL PAPA: Luego quiero, fray Félix, consagraros públicamente, porque toda Roma mire el premio que tienen en la iglesia la virtud y las letras. Un capelo os doy también.

SIXTO: Tu nombre ensalce el cielo.
(Ánimo, inclinación dichosa y alta; Aparte subí, que un escalón no más os falta.)

EL PAPA: Cardenal os creé en el mismo día que os consagre.

SIXTO: Creció la dicha mía;
y pues con tal largueza me ha ilustrado el cielo y vuestra santidad, quisiera enviar por mi padre y mis hermanas, y el mismo día que me vea Roma hecho de vil pastor, pastor de ovejas de la iglesia católica, ese día quiero que entre mi padre venerable triunfando en Roma, no como sus Césares, sino vestido de sayal grosero en que nació, porque la envidia sepa que cuando, a su pesar, estoy más alto, de la humildad me precio de Montalto.

EL PAPA: Yo haré que con vos salga toda Roma.

ASCANIO: Yo también acompañaros quiero.

SIXTO: ¿Veis, Ascanio, del modo que los cielos saben hacer de humildes labradores dignidades, prelados y pastores? Porque nací en Montalto me abatisteis; pues desde aquí, mudando el propio nombre de Félix, para dar gloria a mi patria y a sus groseras peñas, determino llamarme el cardenal Montalto.

EL PAPA: Alto;
seréis desde hoy el cardenal Montalto.

ASCANIO: Perdonad mi pasado atrevimiento;
que en muestras de que estoy arrepentido daré de este suceso aviso al príncipe,

que se tendrá mil veces por dichoso
de que César case con Sabina,
pues se honrará el estado de Fabiano,
siendo de Roma cardenal su hermano.

FRAILE 1: Y yo también de las persecuciones
que por mi causa os hizo el orden nuestro,
monseñor ilustrísimo, suplico
me perdonéis.

SIXTO: Alzad, padre, del suelo,
que si fray Félix tuvo de vos queja,
ya yo soy cardenal, y no fray Félix,
y no es razón cuando me veis tan alto
que a Félix venga el cardenal Montalto.

ASCANIO: ¡Qué prudente respuesta!

EL PAPA: Venid, hijo,
que en vos miro presagios venturosos.

DECIO: ¿Qué le parece, padre?

FRAILE 1: Encantamento.

ASCANIO: De perseguirle vos nació su dicha.

FRAILE 2: Mil veces perseguido venturoso,
que tan seguro del peligro escapa.

DECIO: (Persígale otra vez, y harále papa.) Aparte

*Vanse todos. Salen los MÚSICOS de pastores,
y SABINA de pastor con caña, hurón y cuerdas*

SABINA: Mintió la sospecha loca;
mi amor salió victorioso;
aquí está mi preso esposo,
a quien en vano provoca
su padre, por más que agravia
su firme constancia y fe,
para que en mi ausencia de
la mano de esposo a Octavia.
No pudo su engaño hacer
mella en mi constante amor,
aunque celos y temor
son fáciles de creer,
y a pesar de sus consejos

he venido de esta traza
a librar mi esposo.

PASTOR 1: ¿A caza
anda tu amor de vencejos?
Misterio tien la invención.

PASTOR 2: Lugares hay infinitos
donde cazan motolitos
las mujeres con hurón;
quiero decir con los viejos
o escuderos atrevidos,
registradores de nidos,
donde viven los vencejos;
pues son hurones, en suma,
que cazan para sus dueños
a los vencejos pequeños
hasta dejarlos sin pluma.

SABINA: Pastores dejemos eso
y comenzad a cantar
para que os salga a escuchar
desde la reja mi preso.

PASTOR 1: ¡Oh, qué canción de repente
hice al propósito aver!

SABINA: Luego, ¿sabes componer?

PASTOR 2: Sátiras al maldiciente.

Cantan

MÚSICA: *"Que llamaba la tórtola, madre,
al cautivo pájaro suyo,
con el pico, las alas, las plumas,
Y con arrullos, y con arrullos."*

UNO: *"Pajarico preso,
que entre yerros duros,
temores y ausencias
te tienen confuso,
mal podrá el rigor
de tu padre injusto
desatar las almas
si es de amor el ñudo;*

*sal, pájaro amado,
a gozar seguro,
a pesar de estorbos,
mi amoroso fruto."*

TODOS: *"Así llama la tórtola madre
al cautivo pájaro suyo
con el pico, las alas, las plumas,
y con arrullos, y con arrullos."*

Asómase CÉSARO a una reja como preso

CÉSARO: Pintadas aves que al pulir la aurora
con peines de oro sus compuestas hebras,
al son de arroyos, arpas de estas quiebras,
lisonjeáis cada mañana a Flora.

Aura süave que con voz sonora,
murmurando las aves te requiebras,
y las obsequias fúnebres celebras
de Pocris muerta, que tras celos llora.

Los pastores imitan la armonía
con que resucitando la memoria
de mi Sabina vivo entretenido.

Cantad, amigos, la firmeza mía;
que es la música imagen de la gloria,
y mientras dura mi tormento olvido.

SABINA: Ya está mi esposo a las rejas.
Cantad, pastores, cantadle
otra carición, y llenadle
de música las orejas.

MÚSICA, *"Preso estaba el pájaro solo
en las redes del cazador,
pero más le prenden y matan
memorias de su lindo amor."*

UNO: *"Si de tu firmeza
las cadenas son,
testigos seguros son,
que amor presentó,*

*canten tu alabanza
nuestra alegre voz;
bien haya quien hizo
cadenas de amor,
y tú, pájaro mío,
canta en tu prisión,
pues que preso y triste
carita el ruiseñor."*

TODOS: *"Preso estaba el pájaro solo
en las redes del cazador,
pero más le prenden y matan
memorias de su lindo amor."*

SABINA: *¡Ah de las rejas el preso!
¿Sabéis acaso quién soy,
yo, que pretendo cantando,
aliviar vuestro dolor?
¿Mas qué no me conocéis?*

CÉSARO: *Polido y bello pastor,
lo que los ojos afirman
negando está el corazón.
Regocijos hace el alma
de los ecos de esa voz,
que en el disfraz de Esaú
conocer quiero a Jacob.
¿Quién sois, hermoso zagal?*

SABINA: *¡Qué presto que ejecutó
sus efectos el olvido,
descuidado preso, en vos!
Cantad para que despierte,
que si ausencia le adurmió,
dándole voces mis quejas
le hará despertar mi amor.*

Cantan

MÚSICA: *"Preso estaba el pájaro solo
en las redes del cazador,
pero más le prenden y matan*

memorias de su lindo amor."

CÉSARO: ¡Ay, esposa de mis ojos!
 La tiniebla y confusión
 de mis pesares y penas
 me impidió la luz del sol.
 De no haberos conocido,
 corrido, mi bien, estoy;
 yo castigaré mis ojos,
 Sabina hermosa, este error,
 ¿cómo habéis, mi bien, estado?

SABINA: Como el verano sin flor,
 como el otoño sin fruto,
 y estado como sin vos,
 que es decirlo de una vez.
 Vueso padre pretendió,
 con engaños y mentiras
 sembrar celos en mi amor,
 pero segura del vueso,
 en forma de cazador,
 vengo a daros libertad.
 Tomad las cuerdas que os doy,
 y, a pesar de estorbos viles,
 asegurad el temor
 de mis sospechas y ausencia.

Dale con la caña los cordeles

CÉSARO: Celebren tu firme amor
 cuantas mujeres la fama
 con pinceles retrató
 de la eternidad en lienzos
 del tiempo consumidor.
 ¡Ay, esposa de mi vida!

SABINA: ¡Ay, mi bien!

PASTOR 2: ¡Bueno, por Dios,
 que se están chicoleando
 como jilgueros los dos!

FABRIANO: Preso y con guardas dobladas Dentro

ha de quedar mientras voy
a Roma.

CÉSARO: Mi padre es éste.

SABINA: Pues entraos.

CÉSARO: Adiós.

Vase CÉSARO

SABINA: Adiós.

PASTOR 2: No hay son, fingir que cazamos
vencejos.

SABINA: Daca el hurón;
pon las cuerdas y la caña.

PASTOR 2: No está mala la invención.

*Pónense a cazar. Salen el príncipe
FABRIANO y ALEJANDRO*

FABRIANO: De vos, Alejandro, fío
su guarda en aquesta ausencia.

ALEJANDRO: Ya sabe vuestra excelencia
mi lealtad.

FABRIANO: El papa Pío
a Roma me envía a llamar,
y este camino excusara
si en mi lugar no os dejara.
Las guardas podéis doblar,
sin dejar llegar persona
que con él hable, que ansí
le forzaré que dé el si
de esposo a Octavia Colona,
o morir en la prisión;
que la villana atrevida
ya debe de estar sin vida,
si puso en ejecución
Marco Antonio su noble ira.

ALEJANDRO: En esta ocasión es cuerda.

PASTOR 1: Dale cuerda.

PASTOR 2: Dale cuerda.
 SABINA: Ya chilla el vencejo.
 PASTOR 1: Tira.
 FABRIANO: Alejandro, ¿qué serranos
 son éstos?
 ALEJANDRO: Pastores son
 que cazan con un hurón
 pájaros.
 FABRIANO: Si son villanos,
 y sabes lo que me ofenden,
 ¿por qué aquí los consentís?
 Échalos luego.

A los PASTORES

ALEJANDRO: ¡Hola! ¿Oís?
 SABINA: Verá lo que se defienden.
 FABRIANO: ¡Ah, villanos! ¿estáis sordos?
 SABINA: ¡Arre allá! ¿Qué diablos dais
 voces, que mos espantáis
 los vencejos y los tordos?
 ALEJANDRO: Rústicos ¿no veis que está
 el príncipe Fabriano
 aquí?
 SABINA: ¡Válgame el alano
 de San Roque!
 PASTOR 2: Verá.
 SABINA: Pues bien, ¿hemos de comer
 el príncipe, cuando aquí
 mos halle?
 FABRIANO: ¿Qué hacéis así?
 SABINA: Oiga, y podrálo saber.
 Tienen aquí los vencejos
 nidos en los muros fijos,
 sin osar sacar los hijos,
 porque los guardan los viejos.
 Yo, deseando cazar
 uno que en esta ocasión
 guardando está el vencejón

del padre, que pernear
 le vea yo--¡pregue al Señor!--
 porque así su enojo pierda,
 vine con hurón y cuerda,
 y cuando más a sabor
 se asomaba a la muralla
 salió su padre al encuentro,
 metióse el vencejo dentro
 y dejónos de la galla.

Llora

ALEJANDRO: ¡Buen llanto!

FABRIANO: ¿Que el padre viejo
 el vencejo os ha quitado?

SABINA: Sí, señor; desvencejado
 le vea yo. De esto me quejo.

FABRIANO: Gracias tiene. Aunque a esta gente
 aborrezco, este pastor
 me ha dado gusto.

ALEJANDRO: Es, señor,
 donoso como inocente.

SABINA: Vení acá. Y os quiero her
 una pescuda, buen viejo.
 Si quiere bien un vencejo,
 y recibe por mujer
 a una venceja que ha sido
 quien le enamora y quillotra,
 ¿es bien casarle con otra,
 porque nació en mejor nido,
 porque en alcázares vive,
 y estotra entre peñas pobres,
 de los castaños y robres
 grosero manjar recibe;
 porque tién plumas mejores
 y porque son más valientes
 los vencejos sus parientes
 y cuentan que sus mayores
 trujeron de rey más lejos

su principio no es buen pago?
 Juzgado vos, que yo os hago
 alcalde de los vencejos.

FABRIANO: Gusto me da el pastorcillo,

SABINA: Ea, la vara arrimad,
 o este pleito sentenciad,
 que me importa concluillo.

FABRIANO: Digo, donoso pastor,
 que como el vencejo quiera
 a la venceja primera
 es bien pagarle su amor,
 por más que el padre lo impida,
 y sentencio que la amada
 le goce y que desterrada
 la venceja aborrecida,
 aunque alegue más consejos,
 luego al momento se vaya,
 porque yo no sé que haya
 nobleza entre los vencejos.

SABINA: Esta vez os he cogido;
 contra vos es el proceso.
 ¿Por qué ha de estar por vos preso,
 viejo honrado y afligido,
 vueso vencejo, decí,
 si él a una venceja adora,
 que en la sierra le enamora,
 y no puede dar el sí
 a la venceja que tiene
 su nido allá entre los godos?
 Pues que son vencejos todos,
 Y estos dos se quieren bien,
 casadlos, que las altivas
 noblezas son espantajos,
 y todos, altos y bajos,
 nacimos de Adán y Adivas.

FABRIANO: Idos con la maldición.

SABINA: Vos el preito sentenciastes;
 si vos mismo os condenastes
 un asno sois con perdón.

FABRIANO: Echa, Alejandro, de aquí

estos bárbaros, o haré
una bajeza.

SABINA: ¡A la hé,
vos sois buen juez, pues ansí
heis justicia!

ALEJANDRO: Este lugar
desocupad.

PASTOR 1: Con paciencia.

SABINA: Acójome a la sentencia.
Ella os ha de condenar.

FABRIANO: Echalde de aquí, o matalde.

SABINA: ¿Por la primera venceja
sentencias, y tenéis queja.
Muy bobo sois para alcalde.
Dios vuelva por la verdad.
Pues lo mandáis, casaránse.

ALEJANDRO: Idos, villanos.

SABINA: Iránse,
que no son bestias. Cantad.

Vanse cantando

FABRIANO: Mucha prudencia he tenido,
pues muerte no les he dado.

ALEJANDRO: Aunque el villanejo ha estado
malicioso, hubiera sido
indigno de vueselencia
manchar en él el acero.

FABRIANO: Partirme esta noche quiero
a Roma. Vuestra presencia
no falte nunca de aquí,
ni deje llegar villano
una legua de Fabriano,
porque sospecho que ansí
le vienen a dar aviso
de Montalto.

ALEJANDRO: Podrá ser.

FABRIANO: Mal hice no los prender;
que afligirme el cielo quiso
con darme un hijo travieso.

ALFJANDRO: La mocedad nunca es sabia.

FABRIANO: Ha de ser su esposa Octavia,
o tiene de morir preso.

*Vanse todos. Sale CAMILA con un lío de ropa
blanca y un mazo, y MARCO Antonio*

MARCO: Por Dios, lavandera hermosa,
que desde el punto que os vi
cojer vuestra ropa así
está el alma recelosa
y de vuestro amor perdida;
porque obligáis de manera
que os abate, la bandera.
Lavandera de mi vida,
escuchadme una razón.

CAMILA: Andad con Dios, caballero.

MARCO: Lavadme el alma primero.

CAMILA: ¿Que os la lave escamizón?

MARCO: Sí, vestíosla por camisa,
y veréis que no hay holanda
que esté más tratable y blanda.

CAMILA: ¿Alma de holanda? ¡Oh, qué risa!

MARCO: Dado os tengo el corazón.

CAMILA: ¿A jabonar?

MARCO: Sí, eso os ruego.

CAMILA: ¿Qué tiene?

MARCO: Como Amor es fuego,
le ha puesto como el carbón.

CAMILA: ¿Como el carbón? Pues a un lado,
que estoy limpia, y si me topa,
ensuciaráme la ropa
vueso corazón tizado.

MARCO: ¡Qué gracia!

CAMILA: No llegue al brazo,
y sepa que en mi lugar
nadie sabe jabonar,
si no es con jabón de mazo.
Por eso no haga cosquillas
si no quiere en conclusión

llevar, señor, un jabón
que le quiebre las costillas.

MARCO: Para aliviar los enojos
del alma, darla podéis
los ojos, que es bien los deis,
pues tenéis tan bellos ojos,
y la podréis jabonar.
Vuestra es, tomadla.

CAMILA: La astucia;
no quiero yo alma tan sucia,
que se ha menester lavar.

MARCO: Yo estoy ya tan rematado,
mi graciosa lavandera,
que ser el jabón quisiera
según los celos me ha dado
de que ande cada instante
en vuestras manos, que en suma
son más blandas que su espuma.

CAMILA: Sí haréis, que acá todo amante
es jabón que a los despojos
de tiranas hermosuras
derrama en jabonaduras
el corazón por los ojos
aunque vos sois palaciego,
y no habrá tomaros tino,
que todos pregonáis vino
y vendéis vinagre luego.
¡En la boba que creyere
en vuestras bachillerías;
sabéis muchas romerías
y olvidáis a quien os quiere!

MARCO: Cuando es perfecto el amor
y bien nacido el amante,
ni burla ni es inconstante.

CAMILA: El noble engaña mejor.
Yo conozco una serrana
a quien burló un escolar
con hablar y más hablar.

MARCO: ¿Quién es?

CAMILA: Sabina, mi hermana.

MARCO: ¿Sois vos hija de Pereto.

Hace reverencia

CAMILA: Para lo que le cumpliere.

MARCO: Errará quien no tuviere
a César por discreto
 en despreciar por Sabina
a mi hermana, que, por Dios,
si es tan bella como vos,
que es cuerdo quien desatina
 por tan dichoso sayal.

CAMILA: Soy yo un coco comparada
con mi hermana.

MARCO: ¡Qué extremada
belleza! ¡Qué al natural!
 Yo vine determinado
de castigar a Pereto
y a Sabina, que en efeto
me tuve por agraviado
 de que César dejase
mi hermana Octavia por ella;
pero el Amor, que atropella
soberbias, quiso que hallase
 en vos el justo castigo,
pues a vuestro amor sujeto,
a las hijas de Pereto
y a estas sierras bendigo.
 Bien hayan, amén, los robles,
los peñascos y asperezas
que crían tales bellezas,
pues por fuerza han de ser nobles
 almas que viven y habitan
en cuerpos que son tan bellos,
y bien hayan los que en ellos
su libertad depositan.

 ¡Ay, serrana; muerto estoy!

CAMILA: Pues ¿vos por acá pensáis
que hilamos? ¡Bien quillotráis!

Algún diablo os trajo hoy
por aquí.

MARCO: ¿Quiéresme bien?

CAMILA: ¿Qué sé yo?

MARCO: Pues, ¿quién lo sabe?

CAMILA: El cura. Apártese, acabe.

(¡Qué buena cara que tién!) Aparte

MARCO: Dame esa mano.

CAMILA: (Recelo Aparte

que en el alma se me entró.)

MARCOS: Dame aquesos brazos.

CAMILA: ¿Yo?

MARCO: ¿Pues qué?

CAMILA: ¿Tan presto, es buñuelo?

*Salen CÉSARO de galán, y los pastores
músicos y SABINA, de pastor*

CÉSARO: Apenas de allí os partisteis
cuando mi padre se fue;
luego escalas tracé
de las cuerdas que me disteis
que atadas a las almenas
a las guardas engañaron
y a pesar suyo, quedaron
colgadas de ellas mis penas.
Seguíos, y como amor
vuela ligero, alcancéos.

SABINA: ¡Ay, esposo! Mis deseos
cumplió el cielo. Ya el rigor
que en mí vuestro padre emplea.
mi miedo y temor divierte,
que no temeré la muerte
como a vuestros ojos sea.

CÉSARO: Contra su enojo crüel
pienso llevarte a Milán;
que allí mis deseos podrán
tener fin viviendo en él,
hasta que el paterno amor

venciéndole te reciba
por hija y mi esposa.

PASTOR: ¡Viva
tal firmeza y tal amor!

SABINA: ¡Camila!

CAMILA: ¡Sabina mía!

MARCO: ¡César aquí!

CÉSARO: ¡Marco Antonio
en tal lugar!

MARCO: Testimonio
de amor y su monarquía.
Abrasar vine a Montalto
y a dar muerte a la serrana
que os enamora, y su hermana
dió en mi libertad asalto,
pues cuando su hacienda y casa
quise abrasar, con sus ojos
el alma, cuyos despojos
la adoran, rinde y abrasa.
Será, César, mi esposa;
que vuestra justa elección
me llama a su inclinación.

CAMILA: Yo me tendré por dichosa.

SABINA: Y yo con tan buen cuñado
mil gracias al cielo doy.

CÉSARO: ¡Qué de dichas juntas hoy
Amor y el cielo me han dado!

CAMILA: Es miércoles, y bastaba
serlo para mi ventura.

SABINA: ¡A buen tiempo y coyuntura
te casas!

CAMILA: Pues, ¿qué pensaba?
¿Todo ha de ser para ella?
¿No somos acá personas?

MARCO: Los Ursinos y Colonas
por vos, mi Camila bella,
y por vos, Sabina hermosa,
establecerán desde hoy
eternas paces.

CAMILA: ¡Que estoy

maridada! ¡Linda cosa!

PASTOR 2: Aun sin aguardar al cura
los cuatro se han desposado.

PASTOR 1: No hay cura ni licenciado
mejor que la coyuntura.

CAMILA: Demos a mi padre aviso
de su dicha y mis amores.

PERETO: Pedidme albricias, pastores. Dentro
¡Viva Montalto! Pues quiso
poner mi nombre tan alto
de un principio tan humilde,
al cielo albricias pedilde.

Salen PERETO, CRENUDO, CHAMOSO, y FABIO

CÉSARO: ¿Qué es esto?

TODOS: ¡Viva Montalto!

PERETO: No sé cómo el contento de estas nuevas
no me ha muerto, que ya mis flacas canas
no son para tan grande sobresalto.
Hijas, fray Félix, cardenal de Roma;
cardenal de Roma es vuestro hermano.

CÉSARO: ¡Válgame Dios!

SABINA: ¡Ay cielos qué ventura!

CHAMOSO: ¿Ya es cardenal? Pues presto será cura.

CÉSARO: Dadme, dichoso padre, aqueles brazos.

MARCO: Y a mí me conceded por hijo vuestro.

SABINA: Éste es mi esposo, padre mío, que preso
ha estado por mi amor. Todo fue engaño,
engaño todo fue lo que os dijeron
de Octavia; por burlarnos lo hicieron
e huir de la prisión.

PERETO: Estoy sin seso

SABINA: Libre está ya y en mis amores preso.

PERETO: Dadme, señor, los pies.

CÉSARO: No, padre mío,
los brazos sí, con nudo estrecho y tierno.

CAMILA: ¡Hola, padre! Catad acá otro yerno;

abrazadle también, que no ha nacido
en las malvas.

CÉSARO: También es hijo vuestro
Marco Antonio, la nobleza que es de Italia
y aun del mundo. Enamoróse
de la belleza de Camila, y quiere
que por esposa se la deis.

PERETO: O sueño,
o estoy loco. ¿Hay más bien, cielos piadosos?

CAMILA: Supimos escoger buenos esposos,
para no tener dote. La nobleza
virtud quiere por dote con belleza.

PERETO: Vamos a Roma luego, y eche el sello
mi buena suerte con hallar mi hijo
honrado de la púrpura romana;
que, pues tan nobles sucesores dejo,
la muerte pido con el santo viejo.

Sale FABRICIO

FABRICIO: Yo vengo, dichosísimo Pereto,
a llevaros a Roma con Sabina
y Camila. Aquí traigo tres carrozas.

CHAMOSO: ¿Qué son carrozas, ao?

FABRICIO: Unas doncellas
que se llaman carrozas en Italia.

CHAMOSO: Casarme quiero, pues, con una de ellas;
mostradme esas carrozas o doncellas.

FABRICIO: César, vuestro padre Ursino gusta
que seáis de Sabina amado esposo;
que luego que en llegando a Roma supo
que era de Monseñor Montalto hermana,
a dicha tiene ser pariente suyo,
porque sospechan que ha de ser monarca
de Roma y gobernar su sacra barca.

SABINA: Agora fenecieron mis recelos.

CÉSARO: ¡Que tan dichoso soy, benignos cielos!

FABRICIO: Vamos, que monseñor está aguardando
con toda la romana y sacra curia,

que quiere el papa que a su honrado padre
reciba en triunfo.

PERETO: Vamos, nobles hijos,
que mi vejez de nuevo se remoza.

TODOS: ¡Coches, coches!

CHAMOSO: ¿Dó está doña Carroza?

Vanse todos. Salen JULIANO y RICARDO

JULIANO: Esto es lo que en Roma pasa.

Todo el popular aplauso
la ventura de fray Félix
celebra y estima en tanto,
que habiendo la santidad
de Pío Quinto consagrado
al cardenal por obispo
de Fermo, hoy miércoles cuatro
de Agosto, a los senadores
y caballeros romanos
mandó que a recibir salgan
a su padre, cuyos años
han merecido llegar
a ver de pobre serrano
cardenal de Roma un hijo
de las peñas de Montalto.

RICARDO: Su prudencia lo merece;
porque no es soberbio sabio,
ni pobre presuntüoso.

JULIANO: Decís la verdad, Ricardo.

RICARDO: Oíd, que según las voces
del vulgo y pueblo voltario
entran ya.

JULIANO: ¡Notable día!

RICARDO: ¡Oh, venturosos serranos!

*Por una puerta salga el príncipe FABRIANO
Colona, el EMBAJADOR Dr España, ASCANIO, de cardenal,
SIXTO, de cardenal también. Y por otra, al mismo tiempo,
salgan MARCO Antonio, CÉSARO, FABIO, SABINA, CAMILA y*

CHAMOSO. Y arriba se descubre un corredor donde está EL PAPA Pío QuiNTo. Y en un caballo que lleve del diestro un lacayo, entre PERETO, de pastor; toque la MÚSICA; y en llegando, SIXTO le tiene el estribo a su padre para que se apee

SIXTO: Yo, padre, os tendré el estribo.

PERETO. Hijo, aguarda que ya abajo.

¿Un cardenal ha de hacer tal cosa?

SIXTO: Si por honraros me honra el cielo de este modo, no es mucho, mi padre caro, que teniéndoos el estribo estribe en él mi descanso.

De rodillas

Aquesa mano me dad.

PERETO: Levanta y toma los brazos, que no es justo que a mis pies esté un cardenal postrado.

SIXTO: Si como soy cardenal gozara del trono sacro de san Pedro, ya os he dicho que os besara arrodillado esta venerable diestra. Sepan los que me llamaron villano, lo que me precio de este sayal tosco y basto. Montalto ha sido mi patria, que aunque pobre, el nombre es alto, un monte serán mis armas y mi apellido Montalto. Montalto han de llamarse mis parientes, comenzando mi linaje en mí, que espero que mi dicha ha de encumbrarlo.

Llegad, padre, y desde aquí
adoraréis el pie sacro
de su beatitud.

PERETO: ¿Qué aguardan
mis regocijados años?

De rodillas

Santísimo padre Pío,
cuya piedad ha mostrado
lo que la humildad estimas,
los humildes ensalzando,
tus pies beatísimos beso.

EL PAPA: Venerable viejo, alzáos,
que os debe Italia infinito
por el hijo que habéis dado
a la militante iglesia,
de cuya prudencia aguardo
célebres y heroicos hechos.
Su aumento tomo a mi cargo,
y para que ponga casa
le doy siete mil ducados
de renta.

FABRIANO: Y yo le señalo
otros cinco mil de renta.

EMBAJADOR: Y yo y todo también en nombre
del rey católico y sabio,
el gran monarca Filipo
el segundo, le señalo
otros cinco mil de renta.

SIXTO: Cielos, no merezco tanto.

SABINA: Hermano, ¿no nos habláis?

SIXTO: Con el alma y con los brazos,
por hermana y compañera
de mi estudio y mis trabajos.
César es ya vuestro esposo,
que el príncipe de Fabriano
lo quiere así.

FABRIANO: Con tal dicha,

infinito es lo que gano.

CÉSARO: Pues Marco Antonio Colona
la mano a Camila ha dado,
también con vuestra licencia.

SIXTO: Hónrome con tal cuñado.
Tráiganme, Sabina mía,
a vuestro hijo Alejandro
a Roma, porque se críe
en ella, y tenga Montalto
por apellido.

FABRIANO: Sea así;
y críese en vuestro palacio,
ilustrísimo señor,
vuestra virtud imitando.

CHAMOSO: ¿No os acordáis de Chamoso
que vos dió un día su cuartago
con que venistes a Roma
más presto que por encanto?
Pues yo bien me acuerdo de él.
O pagalde, o dadnos algo,
o, pues ya sois cardenal,
hacedine chichón.

SIXTO: El pago
que os doy por tan buen socorro,
son de renta cien ducados
para vos y vuestros hijos.

CHAMOSO: Saldrá el vientre de mal año.
Yo sé que habéis de ser papa,
que cuando érades mochacho
de teta, todos los días
decíades, "teta, papa."

EL PAPA: Vamos,
que quiero que Roma vea
lo que han alcanzado
las letras de un pastor pobre.

SIXTO: Los que a sus padres honraron,
premia el cielo de esta suerte.

CÉSARO: Si los sucesos extraños
quiere saber el curioso
de Sixto Quinto, en cuatro años

que gozó de la tiara
y sumo pontificado,
a la segunda comedia
le convido, que son tantos,
que no pueden reducirse
a tan corto y breve espacio.

FIN DE LA COMEDIA